LOS HOMBRES de la historia

14

La Historia Universal
a través de
sus protagonistas

F. D. Roosevelt

Centro Editor de
América Latina

A. M. Schlesinger Jr.

LOS HOMBRES de la historia

Entre el final del siglo XIX y comienzos del XX, los EE. UU. se transformaron en la potencia industrial más grande del mundo. Sin embargo, esta victoriosa expansión de la civilización industrial urbana posibilitó al mismo tiempo el nacimiento de los **trusts** y el desarrollo de los grandes intereses monopolistas que llegaron a condicionar en su favor la misma acción del gobierno. Toda esta situación fue gestando una crisis del sistema económico y político, cuya espiral se estrechaba cada vez más hasta rozar el límite de la ruptura, de autoaniquilación, sobrepasado en 1929. Cuando finalmente se llegó a la ruina, el resultado fue el desastre común para una clase y para toda la nación. En medio de esa pavorosa depresión, el entonces gobernador del estado de N. York, Franklin D. Roosevelt, fue el único entre los políticos que criticó con coherencia el excesivo poder de los ambientes financieros y exigió drásticos cambios en el sistema económico; elegido candidato a la presidencia por el partido demócrata, comprometió a sus sostenedores y se comprometió a sí mismo a ofrecer un New Deal (nuevo trato) al pueblo norteamericano.

Sin ser propiamente una "revolución", el New Deal significó un cambio, la iniciación de un fecundo período de reformas económicas y sociales que elevaron a un nivel nunca antes alcanzado, a las fuerzas progresistas y democráticas de los EE. UU. Y el motor de esa política fue F. D. Roosevelt y su enérgico empeño reformador. De allí que el experimento, aun con todos los límites impuestos por una excesiva burocratización, por una conducción exclusivamente empírica y ajena a toda teorización de largo alcance, permanezca como un episodio de importancia central en la historia mundial de los últimos decenios.

Pero la esfera de acción de Roosevelt no se circunscribió a reparar la situación interna de su país; convencido de que en el mundo moderno hay una solidaridad y una interdependencia técnica y moral tal, que no es posible para una nación aislarse completamente de los acontecimientos políticos y económicos del resto del mundo, impulsó el abandono del aislacionismo por una mayor cooperación de su país con las naciones libres. Consecuente con esta idea, en la última gran contienda mundial no titubeó en alinearse contra el imperialismo fascista y si bien no llegó a ver el día de la victoria final, su nombre está estrechamente ligado al proyecto de creación de las Naciones Unidas, organismo que estaría destinado a garantizar la solución pacífica de los conflictos entre estados y convertirse en instrumento de convivencia pacífica entre los pueblos.

Nació el 20 de enero de 1882 en Hyde Park; murió en Warm Springs el 12 de abril de 1945.

Primeros títulos

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán.
Director responsable: Pasquale Buccomino
Director editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Michele Pacifico, Mirella Brini, Lisa Baruffi.

Ilustraciones del fascículo Nº 14:
Zennaro: p. 3 (1,2); p. 5 (1,2,3); p. 6 (1); p. 9 (1,2,3); p. 13 (3); p. 15 (1); p. 16 (2); p. 19 (5); p. 27 (3).
Snark: p. 11 (1); p. 17 (1); p. 21 (1,2,5); p. 25 (1,2,4); p. 27 (2).
USIS, París: p. 11 (2); p. 17 (3); p. 14 (1,2,3); p. 21 (4); p. 28 (1).
Farabola: p. 13 (1,3); p. 27 (4).
Associated Press: p. 19 (4).
En la búsqueda ha participado también el estudio Arborio Mella.
Algunas ilustraciones han sido tomadas del volumen *F.D.R. A pictorial Biography*, de S. Lorant. Nueva York, 1950.

Salta 38 - Buenos Aires
Sección Ventas: Junín 981 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina

Distribuidores en la República Argentina
Capital: Mateo Cancellaro e hijo.
Echeverría 2469, 5º C, Buenos Aires
Interior: Distrimeco S.R.L.
Azara 225, Buenos Aires.
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos Indugraf S.A.
[illegible]

F. D. Roosevelt

A. M. Schlesinger Jr.

1882
Franklin Delano Roosevelt nace el 20 de enero en Hyde Park. Su padre, James, era un *gentleman farmer* (caballero rural) y vivía de rentas, administrando su propiedad; su madre, Sarah Delano, descendía de una antigua familia de colonizadores, de origen francés (de Noye). Roosevelt es primero educado por la madre y por preceptores, aprendiendo en seguida el alemán y el francés.

1896
Lo inscriben en la escuela más elegante de los Estados Unidos, la de Groton, en Massachussets, donde permanece cuatro años.

1900
Se inscribe en la Universidad de Harvard, donde tiene entre sus profesores a F. J. Turner, el historiador de la "frontera". En tres años obtiene el diploma de Arts Bachelor.

1904
Se inscribe en la Facultad de Leyes de la Universidad de Columbia, pero no se diploma allí.

1905
Se casa con Ana Eleanor Roosevelt, nieta de Theodore Roosevelt. Siempre activa a su lado, Eleanor fue elegida, después de la muerte de su marido en 1945, representante de los Estados Unidos en las Naciones Unidas y, en 1946, presidenta de la comisión para la protección de los derechos humanos. Tuvo una activa participación en la campaña presidencial de Kennedy.

1907
Aprueba los exámenes de admisión al Foro de Nueva York y entra como aprendiz en un estudio legal.

1910
Es elegido senador por el condado de Dutchess y se convierte en presidente del Comité para los bosques, la caza y la pesca. Lucha por la conservación de los "recursos naturales" del país.

1913
Subsecretario de Marina hasta 1920.

1918
Visita al frente francés.

1919
Participa con Wilson en la conferencia de París. Apoya calurosamente el proyecto de la Sociedad de las Naciones y sostiene que también los Estados Unidos deben formar parte de ella.

1920
Es propuesto para la vicepresidencia por la convención demócrata de San Francisco. Después de la victoria republicana, se retira a la vida privada, dedicándose a los negocios.

1921
Es atacado por una grave poliomielitis que le paraliza las piernas. Después comenzó a frecuentar las fuentes termales de Warm Springs, que se volvieron célebres por su presencia.

1924
Participa en la convención nacional demócrata. Critica ásperamente al gobierno republicano.

1928
Es nombrado candidato al cargo de Gobernador del estado de Nueva York por la convención demócrata. Critica la política exterior aislacionista de los republicanos. Es elegido gobernador.

1929
Después de la explosión de la crisis, organiza una gran campaña asistencial en todo el estado de Nueva York.

1932
Es elegido candidato a la presidencia por la convención demócrata. Organiza una gran campaña electoral, rodeándose de un poderoso *trust* de cerebros. Enuncia el programa del *New Deal* y habla de la "nueva frontera". El 8 de noviembre es elegido presidente.

1933 - 1935
Promueve la realización del "primer *New Deal*". La política exterior sigue vías wilsonianas, aunque Roosevelt ha sido siempre un antiaislacionista, como lo demostrará en seguida.

1935 - 1940
Este período es designado como "segundo *New Deal*". Roosevelt es reelecto presidente de los Estados Unidos en 1936 y en 1940.

1937
Pronuncia el "discurso de la cuarentena" (5 de octubre), donde rompe decididamente con la política aislacionista.

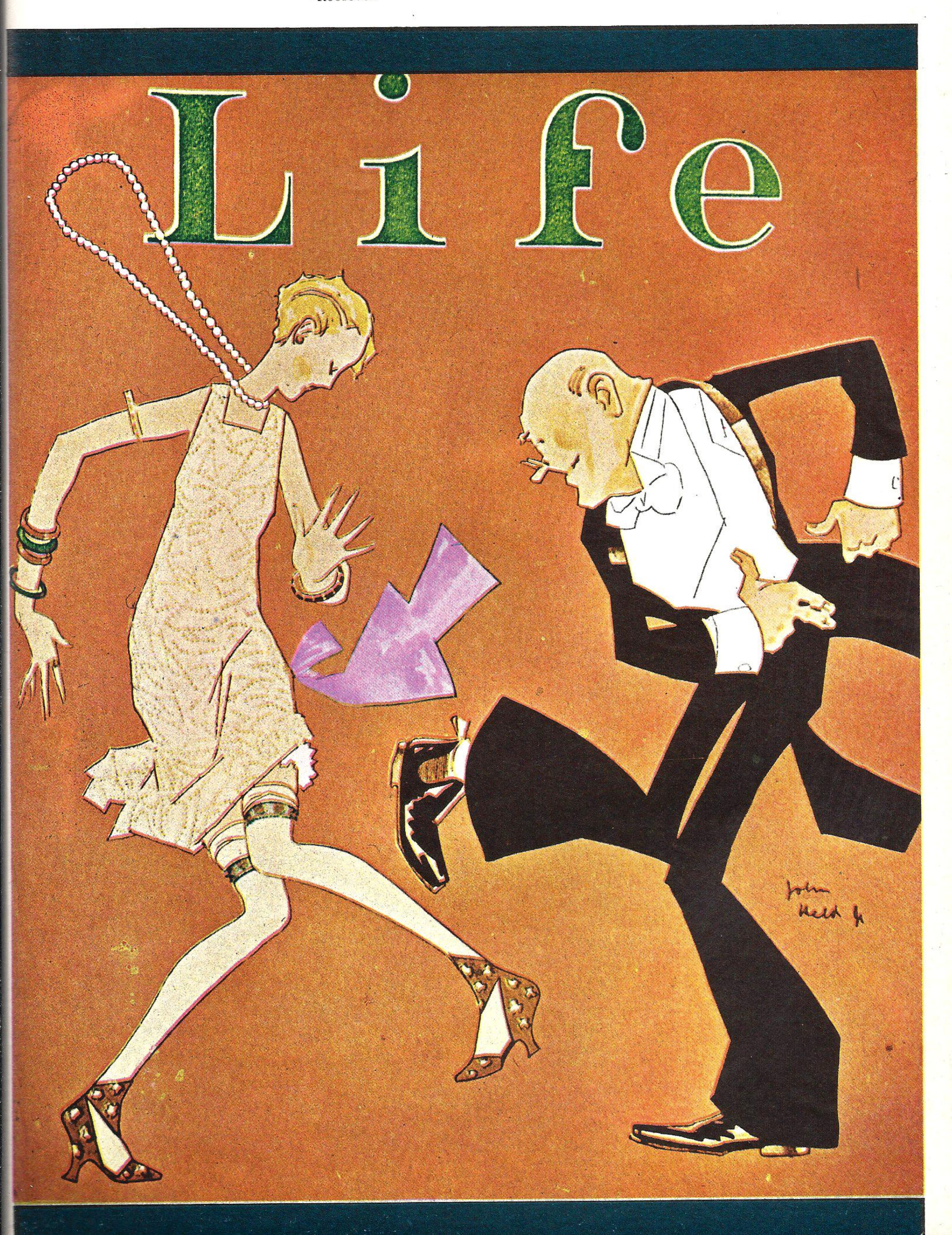
1941
Hace aprobar la ley de "préstamos y arriendos" (marzo).
El 14 de agosto, Roosevelt y Churchill firman, a bordo de la nave norteamericana *Augusta*, la "Carta del Atlántico".
Agresión japonesa a Pearl Harbour (7 de diciembre) y entrada de los Estados Unidos en la guerra.

1942
1º de enero. Tratado de Washington: 26 naciones se comprometen a no pactar por separado con el Eje.

1943
14 a 21 de enero. Conferencia de Casablanca; se aprueba el pedido de rendición incondicional propuesto por Roosevelt. Se fija el desembarco en Sicilia para el verano de 1943 y en Europa occidental en 1944.
Conferencia anglo-soviético-norteamericana de Teherán (28 de noviembre-1º de diciembre).

1944
22 de enero. Desembarco aliado en Anzio y Nettuno.
6 de junio. Desembarco en el norte de Francia.
Agosto-setiembre. Conferencia de Dumbarton-Oaks, entre Gran Bretaña, USA, URSS y China. Roosevelt propone la fundación de la ONU.
7 de noviembre. Cuarta elección de Roosevelt como presidente de los Estados Unidos.

1945
Conferencia de los "tres grandes" en Yalta (4 al 11 de febrero).
Roosevelt muere en Warm Springs de una hemorragia cerebral el 12 de abril.

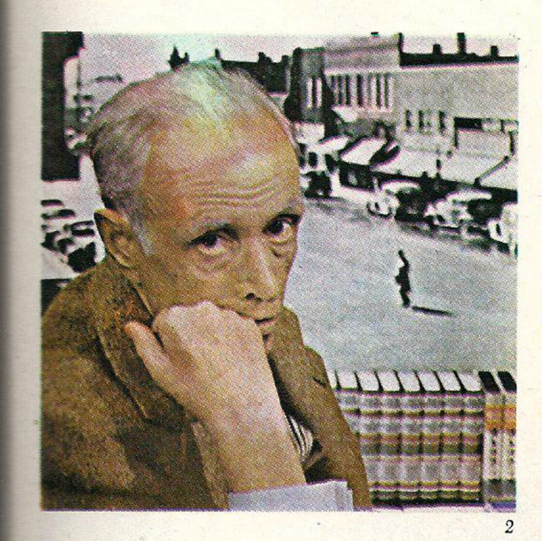

Life
John Held Jr

1. La época del charleston en una cubierta de "Life", del año 1926. El optimismo está en la cumbre. Los Babbit *prosperan.*

2. Sinclair Lewis.

Roosevelt

Las condiciones de la sociedad norteamericana en los años que van desde la crisis de 1929 hasta el fin de la segunda guerra mundial y la orientación política e ideológica expresada por el presidente Roosevelt y sus colaboradores inmediatos para realizar un vasto programa de reformas en el cuadro de la realidad nacional e internacional de su tiempo. no pueden comprenderse en su significado histórico sin retroceder a analizar los principales aspectos de la historia (sobre todo interna) de los Estados Unidos durante los primeros treinta años de nuestro siglo. En otras palabras, Roosevelt tuvo que enfrentar la crisis de un sistema económico y político que había venido gestándose en el país desde fines del siglo XIX, llegando a su fase más madura en el decenio 1919-1929. Tratando de remediar esta crisis, puso en marcha un plan de reformas que, si en muchos aspectos eran "nuevas" por cuanto fueron elaboradas y realizadas en el contexto de los problemas concretos de su tiempo, por otros aspectos se relacionaban con la tradición "progresista" de la época de Theodore Roosevelt y de Woodrow Wilson.



2

Industrialización y "progresismo" a comienzos del siglo

Entre el final del siglo XIX y comienzos de este siglo, los Estados Unidos se transforman de un país con una economía esencialmente agraria en la potencia industrial más grande del mundo. El poder económico se transfiere rápidamente de manos de los agricultores a la de los empresarios capitalistas de las ciudades. El antiguo rostro rural de la sociedad norteamericana pasa a segundo plano frente a la victoriosa expansión de la civilización industrial urbana. Nacen los *trusts* y se desarrollan los grandes intereses monopolistas, que extienden cada vez más su área de influencia, hasta condicionar en su favor la misma acción del gobierno. Contra este estado de cosas, del que se beneficiaban exclusivamente industriales y financistas, surge primero el movimiento "populista", típica expresión del descontento de los pequeños agricultores contra el exceso de los tributos impuestos por las bancas, las altas tarifas ferroviarias y la explotación de las industrias alimenticias. El programa del movimiento "populista", desarrollado en el último decenio del siglo, tenía como objetivos principales lograr un sistema que garantizara el sostén de los precios de los productos agrícolas, una tasa graduada sobre réditos, y la nacionalización de los servicios públicos esenciales: ferrocarriles, teléfonos y telégrafos. En 1896, el Partido Demócrata hizo suyas, con William Jennings Bryan, las reivindicaciones del movimiento populista, sin alcanzar, sin embargo, una incidencia eficaz en la política económica del gobierno.

Hacia el final del siglo la iniciativa reformista pasó del campo a la ciudad, en un ambiente de contraste más directo y por lo tanto de acción política más eficaz, contra la clase de los "nuevos ricos". Tomó forma así, en este período, el movimiento "progresista" que expresaba los intereses de la clase media norteamericana y que tuvo entre sus exponentes, sobre todo, a políticos de extracción republicana.

Esta "era del progresismo" se caracterizó exteriormente por numerosas campañas de denuncia de los escándalos del mundo de la alta finanza y de la corrupción de la clase política dirigente. El programa del movimiento progresista no estaba rígidamente definido y se subordinaba a una extrema flexibilidad como lo exigían la complejidad de la situación y la heterogeneidad de los "progresistas". Sus puntos fundamentales en lo referente a la política interior eran: 1) control del poderío industrial para hacerlo servir a los fines de la utilidad colectiva y no sólo a los de una restringida plutocracia; 2) justicia económica; 3) paz social; 4) "moralización" de la vida política y funcionamiento eficiente y responsable de la burocracia. Junto a estos puntos de política interna, la propaganda progresista afrontaba los problemas de política exterior, que en el primer decenio del siglo se volvieron necesariamente predominantes. En efecto, los Estados Unidos, al asumir el rango de gran potencia industrial, veían la expansión de sus propios intereses, como nunca antes en el pasado, más allá de las fronteras continentales. El tradicional "aislacionismo" en política exterior, era cada vez menos tolerable bajo el empuje de la búsqueda de nuevos mercados que el capitalismo norteamericano asumía como característica inevitable. Para satisfacer todas estas exigencias de política interna y externa, según las ideas de una parte de los progresistas norteamericanos (los que dieron vida en 1912 al movimiento llamado *New Nationalism*) era necesario instituir un fuerte gobierno central que eliminase los desequilibrios sociales y económicos del país y orientase con seguridad la expansión mundial del capitalismo norteamericano. El máximo instigador de esta dirección fue el republicano Theodore Roosevelt (presidente de los Estados Unidos desde 1901 a 1909). Había llegado a la presidencia con el objetivo principal de "hacer saltar" los *trusts* pero al terminar su segundo mandato los dejó todavía más reforzados. A su acción le faltó claridad y eficacia y se caracterizó, más que por la no cumplida voluntad de golpear a los grandes grupos de negocios del país, por el apoyo concreto en defensa de los trabajadores para obtener una legislación de horarios y salarios y sobre todo por el apoyo al desarrollo de organismos de asistencia social que se produjo gracias a la iniciativa de activos progresistas.

"Nacionalismo", sinónimo de progresismo

La ineptitud de la administración Taft

(1909-1913) para terminar con las condiciones ya afirmadas de desequilibrio de la sociedad norteamericana ofreció, en 1912, la oportunidad para una encendida campaña para las elecciones presidenciales; en ella los republicanos progresistas centraron la lucha por la victoria de su programa, denominado *New Nationalism* (Nuevo Nacionalismo) contra el de los demócratas, llamado *New Liberty* (Nueva Libertad). Para comprender el significado del término "nacionalismo" en la acepción que tuvo en los Estados Unidos durante este período, no se puede pensar en su uso corriente en nuestra cultura. El concepto de nación para los progresistas norteamericanos significaba la unidad del gobierno federal sobre los particularismos políticos y económicos de los estados; así, la idea de "nacionalismo" expresaba el contenido de un programa que trataba de afirmar un sistema de gobierno fuerte y centralizado, es decir, constituir un estado cuyo poder venciera las fuerzas autonomistas (jurídicas, políticas y económicas) y controlase sus respectivas tendencias centrífugas. Uno de los economistas más representativos del período, fue George W. Perkins, de quien el mismo Theodore Roosevelt extrajo algunas ideas fundamentales para su programa político, "impresionado por las ventajas del sistema alemán de los *cartels* en lo referente a asistencia social, estabilidad económica, desarrollo industrial, unidad nacional . . . quería impulsar también en la misma dirección el desarrollo económico norteamericano". Naturalmente, el presupuesto de tal concepción era que el estado se reforzase considerablemente en sus prerrogativas, al menos en la medida en que le fuese posible afrontar y regular la actividad de una gran economía concentrada. *Big government* (gobierno grande) y *big business* (grandes negocios), asociados en una gran empresa de utilidad colectiva, ésta era, en sustancia, la solución propuesta por el movimiento del *New Nationalism*.

Wilson y la "Nueva Libertad"

La campaña electoral de 1912 sin embargo, no concluyó con la victoria del candidato republicano sino con la del candidato demócrata Woodrow Wilson, que fue presidente de los Estados Unidos hasta 1920. Su alternativa al *New Nationalism* fue enunciada en una serie de importantes discursos pronunciados en 1912. "Proclamando 'una nueva era social, una nueva era de relaciones humanas . . . una nueva sociedad económica', Wilson incitó a sus conciudadanos a liberar a la nación de la nueva tiranía de la riqueza concentrada. Cuando adoptemos la estrategia necesaria para superar y destruir este invasor sistema de monopolios, habremos salvado y no dañado la economía de este país; y cuando separemos los intereses y despedacemos esta solidaridad de interdependencias, obraremos con la convicción de que ninguna sociedad se renueva desde lo alto sino desde la base." Ésta era la *New Liberty*. La frase "ninguna sociedad se renueva desde lo alto sino desde la base" expresa muy eficazmente la distinta perspectiva en la que Wilson y sus seguidores encuadraban el problema del nuevo orden social a construir, con respecto a los partidarios del *New Nationalism*. En sustancia, el objetivo de los progresistas nacionalistas era el mismo de los demócratas wilsonianos: desmantelar el predominio de los *trusts*, enfrentar el poderío de la gran finanza, crear las condiciones de fondo para la realización de una eficaz justicia social. Para conseguir tales fines, además, tanto el *New Nationalism* como la *New Liberty* ponían el acento sobre la necesidad de la intervención estatal (más o menos activa) en la vida económica, mientras lo que diferenciaba netamente a los dos programas era la interpretación del fenómeno del desarrollo capitalista contemporáneo y la concepción de la naturaleza y de las funciones del estado.

Debe destacarse que en gran parte de los publicistas y economistas demócratas del período wilsoniano, el análisis económico estaba subordinado a una preocupación de naturaleza esencialmente moralista, a una posición de humanitarismo individualista. La visión no se dirigía al fenómeno económico en sí, ni a la supresión de las contradicciones entre las clases sociales norteamericanas: lo que se ponía en evidencia era el momento de la "corrupción" del sistema; de la "ambición" de los individuos plutocráticos. Lo que debía rescatarse de la mordaza de la sociedad industrial era el individuo. "La verdadera maldición es el gigantismo de la industria . . . Si bien la actividad económica y el gobierno pueden engrandecerse desmesuradamente (el *big business* y el *big government* de los nuevos nacionalistas), los hombres permanecen siempre en la misma estatura. El excesivo poder es el gran corruptor . . ." El desarrollo del individuo fue el medio y el fin de la concepción de los hombres políticos y de los economistas de la *New Liberty* en sus comienzos.

En esta perspectiva, caracterizada por un neto repliegue hacia un ideal de tipo neojeffersoniano (el estado entendido como una especie de mal necesario, una sociedad de pequeños agricultores, de pequeños emprendedores, regulada por normas de justicia social ecuánimes y niveladoras), el estado pierde toda prerrogativa de dirección superior o general para reducirse a ser el instrumento de esporádicas intervenciones para limitar los excesos monopolistas y para defender los derechos individuales de los ciudadanos contra los privilegios de unos pocos. El estado debe imponer su iniciativa a los *trusts*, pero no para convertirlos en instrumento de su nueva política basada sobre la máxima concentración y sobre el control directo de las fuerzas productivas —ésta era esencialmente la tesis que sostenían los nuevos nacionalistas— sino para disgregarlos hasta restituir plena vitalidad a la regla de la competencia, salvaguardando, contra los gigantes de la industria y las finanzas, la actividad de los pequeños empresarios agrícolas, los negociantes, los empresarios medios y los pequeños negociantes.

Evolución de una política

Este rostro jeffersoniano de América, delineado por los teóricos de la *New Liberty*, este poner el acento en la *littleness*, la pequeñez, en contraste con las instancias de los nuevos nacionalistas, fue muy bien comprendido por el historiador norteamericano Charles A. Beard. Éste afirmó que la democracia agraria había sido la vacía ambición de Jefferson, "como lo es ahora para Wilson la también absurda e inalcanzable democracia de los pequeños negociantes".

Este curso sustancialmente pasivo de la política de Wilson en lo referente a la visión de la relación entre estado y mundo económico representó indudablemente un paso atrás respecto de la teoría de la intervención profesada por los nuevos nacionalistas; fue una alternativa conservadora y quizás también reaccionaria al progresismo de tipo rooseveltiano, aunque esto no lo comprendieron los norteamericanos que en 1912 determinaron la victoria de Wilson sobre Theodore Roosevelt. Sin embargo, una vez expuesto a las pruebas de los hechos, el programa de la *New Liberty* se mostró inadecuado: querer ponerlo en práctica significaba querer pasar sobre cientos de años de desarrollo de la sociedad y de la economía norteamericanas. El análisis de los nuevos nacionalistas era más realista y, frente a las presiones de muchos políticos demócratas, desilusionados por la ineficacia de la *New Liberty*, Wilson cambió progresivamente la ruta hasta llevar a cabo, justamente en 1914, algunos puntos del *New Nationalism* (en este año se instituyó, por ejemplo, la Federal Trade Commision —Comisión Federal para el Comercio— con poderes de control sobre sociedades anónimas), llegando a aceptarlos prácticamente en bloque en los dos años subsiguientes. "Al aproximarse las elecciones de 1916 Wilson terminó por aceptar totalmente las líneas principales del programa progresista de 1912. Claramente sostuvo entonces un gobierno fuerte, poderes normativos para la administración, una cierta forma de intervención que favoreciera la agricultura y al trabajador; en síntesis, una acción federal positiva tendiente a producir una igualdad de posibilidades para todos. Fundamentalmente, parecía que Roosevelt había tenido razón: el gobierno del pueblo debía ser más fuerte que las esferas económicas si se quería que el poder popular fuera efectivo."

Wilson y la primera guerra mundial

En el período transcurrido desde la reelección de Wilson a la entrada de los Estados Unidos en la guerra, el programa progresista terminó por encontrar su efectiva realización en la obra reformadora de los políticos de la *New Liberty*. En efecto, para llevar la economía norteamericana a la altura de las exigencias del rearme y de la participación bélica, se hacía indispensable el control y la dirección centralizada de las fuerzas productivas. El War Industries Board (Comisión para las industrias bélicas) fue el eje de las medidas de planificación económica emprendidas por el gobierno demócrata.

En el período del primer conflicto mundial se estableció así una especie de tregua entre el capitalismo y el movimiento obrero en todos los Estados Unidos, que duraría, sin embargo, sólo hasta Versalles. La exigencia de la economía de guerra dio como resultado un régimen de plena ocupación en las fábricas y en los campos, los salarios se mantuvieron a un nivel satisfactorio, los precios se mantuvieron controlados, los sindicatos, finalmente, tuvieron —como raramente ha sucedido en la historia norteamericana hasta hoy— una función activa y eficaz, bajo la mirada irritada, pero necesariamente tolerante, de los dadores de trabajo. Por un momento pareció realizarse el ideal al que aspiraban los radicales norteamericanos desde hacía tantos años: la unión cooperativa entre las fuerzas económicas y los trabajadores del país. Ninguno expresó esta convicción con mayor fuerza que John Dewey, ya reconocido en la comunidad intelectual como el filósofo del liberalismo norteamericano. Lo que más lo impresionó en 1918 fue lo que llamó "las posibilidades sociales de la guerra", el uso de la tecnología para fines comunes, la subordinación de una producción basada sobre la ganancia a una producción basada sobre la utilidad, la organización de los medios de control público. La guerra, decía, había dado un golpe a las viejas creencias en la santidad de la propiedad privada, golpe del cual no podría recuperarse jamás. "No importa cuántos entes especiales de control público decaerán con la desaparición del esfuerzo bélico —decía Dewey—, el movimiento es ya irreversible."

La postguerra. El "peligro rojo"

Pero con el restablecimiento de la paz todas estas esperanzas o previsiones se derrumbaron. La tregua entre el capital y trabajo se despedazó por la voluntad de los industriales de desvincularse de todas las restricciones que el período bélico les había impuesto y se inició una violenta campaña para reducir los salarios de guerra y para eliminar la ingerencia de los sindicatos. El sueño de "democratización de la industria" alimentado por Wilson en 1919 se reveló como



1



2



3

1. Imágenes de la crisis. Una huelga en la General Motors.

2. Los desocupados haciendo cola para comer ante una mesa del gobierno.

3. Una familia completa duerme sobre una escalera. Estamos en 1933 y las agencias fotográficas coleccionan imágenes como ésta.



1

1. Ben Shan. Detalle del panel sobre Sacco y Vanzetti.

una utopía y en el clima de arrebatada reacción suscitado por el capitalismo norteamericano después del fin de la guerra, asumió los contornos de una patética ceguera. Al desencadenarse las ingentes represiones policiales del 19 y del 20, esta ceguera terminó por convertirse en complicidad culpable con las fuerzas de la reacción. A la ola de huelgas de trabajadores de todas las ramas de la economía norteamericana (obreros de las industrias metalúrgicas, mineros, tipógrafos, magistrados, telefonistas, ferroviarios, portuarios, obreros viales, textiles, etcétera) se opuso un despliegue de fuerzas de millares de personas, movilizadas entre la policía federal, la milicia estatal, la policía municipal y, además, con la participación de un gran número de delincuentes comunes.

Los partidos de izquierda norteamericanos y los sindicatos de trabajadores sólo lograron a menudo oponer ineficaces protestas contra el desencadenamiento de la reacción policial, de la discriminación y del odio racial. Su debilidad, acentuada por las persecuciones del Departamento de Justicia y de las represalias de los industriales, se debía también a una confusión sustancial de ideas y de tendencias, como así también a la inconsistencia de los líderes sindicales. [La vigorosa figura de Daniel de León, teórico de la asociación sindicalista revolucionaria de la Industrial Workers in the World (IWW), fue realmente una excepción en el campo del sindicalismo norteamericano de los primeros años de este siglo. (N. d. r.)].

La derrota de 1919-1922 no fue sufrida sólo por el movimiento obrero sino por todo el pueblo de los Estados Unidos. En efecto, ella marcó la iniciación de una carrera desenfrenada del capitalismo industrial y financiero que, después de un enloquecedor e incontestable ascenso, se hizo responsable de la crisis de 1929.

La segunda presidencia de Wilson terminó no muy gloriosamente, con los mitos fallidos o destinados a un rápido fracaso de la "democratización de la industria" y de Sociedad de las Naciones. La "edad de oro" pareció hundirse para siempre, tristemente, mientras resucitaba el espectro del industrialismo y de las especulaciones financieras, tan temido por los progresistas en los primeros dos decenios del siglo.

Boom económico y corrupción política

Los presidentes que siguieron, Warren G. Harding (1920-1923) y Calvin Coolidge (1923 y 1924-1928), ambos republicanos, fueron dos grises figuras de hombres políticos insensibles a la responsabilidad de su mandato, apenas preocupados por terminar con los excesos y la corrupción extendidos a la vida política y económica del país y, antes bien, dispuestos sólo a custodiar y favorecer a sus miserables protagonistas. Sobre Harding circulan una serie de divertidos y coloridos juicios. Parece que Wilson lo definió como "mente de bungalow".

El mismo Harding recordaba unas significativas palabras que le había dicho su padre: "Menos mal que no has nacido mujer, porque estarías siempre encinta, ya que no sabes decir no". Y, en efecto, nunca dijo que no a los grandes industriales y a los especuladores financieros que le pedían su apoyo o, al menos, su no ingerencia en sus asuntos.

Según el juicio de Charles y Mary Beard, en la obra *The Rise of American Civilization*, el curso de la política interna de la administración Harding se manifestó sustancialmente en abrogar impuestos a los réditos, a las sobreganancias y a la sucesión hereditaria, en el desplazamiento de los gravámenes fiscales del patrimonio de los ricos a los bienes de consumo popular, como así también en la no interferencia absoluta del gobierno en el mundo de los negocios y de las finanzas (sociedades anónimas, bolsa, comercio), en la renuncia a recurrir a leyes o a planes para el control de los precios y finalmente, en un relajamiento de la enorme presión ya ejercitada sobre las compañías ferroviarias.

En cuanto a la política exterior, Harding fue partidario del más obstinado aislamiento frente a Europa. En una oportunidad declaró: "Dejad que los internacionalistas sueñen y que los bolcheviques destruyan... Dentro del espíritu de la República nosotros proclamamos el reino del Americanismo, el reino de América".

Por lo que se refiere a las relaciones económicas, sobre todo con Europa, sostenía que sólo se debía vender, sin adquirir nada (Wilson se había expresado en términos mucho más realistas sobre el problema de las relaciones económicas entre Europa y Estados Unidos, al expirar su mandato presidencial. Considerando que Estados Unidos era una nación ampliamente crediticia, los países extranjeros podían adquirir allí las mercancías de tres modos: obteniendo préstamos en dólares, vendiendo oro o intercambiando mercancías. Wilson se declaró en favor de este último criterio agregando: "Si queremos hacer que Europa pague sus deudas... debemos estar dispuestos a comprarles"). Eso no impidió sin embargo, a algunos grandes financistas e industriales de Estados Unidos, estrechar secretamente ventajosas relaciones con sus "colegas" europeos (sobre todo alemanes e ingleses) y japoneses.

Hacia la crisis económica

Después de la muerte de Harding (producida en circunstancias misteriosas durante un viaje de propaganda en Alaska), asume temporariamente el poder el vicepresidente Coolidge, que es elegido para el cargo supremo en 1924. Las líneas de fondo de la política interior y exterior de los Estados Unidos no sufrieron modificaciones: por el contrario, se acentuó cada vez más la convergencia de intereses, mejor, quizás, la complicidad, entre el gobierno y la alta finanza. En 1925 no se vacilaba en declarar que el hombre de negocios norteamericano era "la persona más influyente de la nación". El secretario del Tesoro, Mellon, proclamaba que "el Gobierno no es otra cosa que una empresa económica y puede y debe ser conducido de acuerdo con los principios de una empresa semejante". De esta premisa, surgían necesariamente los dos principios objetivos en cuya consecución se empeñó la administración Harding: equilibrar el balance y eliminar la deuda pública. En cuanto a la política exterior, bajo Coolidge (y, luego, bajo Hoover), alcanzó un enorme desarrollo el sistema de los empréstitos privados y públicos a los países extranjeros para apoyar la venta de los productos norteamericanos.

Por una parte, los banqueros de Nueva York hicieron grandes negociados de oro; por otra, los destinatarios de esta lluvia de dolares (los más grandes financistas alemanes) la hicieron fructificar sosteniendo el partido nacionalsocialista de Hitler y promoviendo secretamente el rearme alemán.

Sacco y Vanzetti

El "reino" de Coolidge es tristemente conocido también por otros aspectos, no menos significativos que los aludidos hasta ahora, que contribuyen a completar el cuadro nada alentador de la clase dirigente norteamericana de este período. Basta pensar en el gangsterismo (infiltrado en los centros vitales de la economía), en el contrabando, en los juegos de azar, en el tráfico de estupefacientes, en la prostitución, que se extendieron como una mancha de aceite, ejerciendo su función corrosiva. Piénsese, por último, en el caso "Sacco y Vanzetti" (los dos emigrados anarquistas italianos arrestados en 1920 en el paroxismo de la represión dirigida por Palmer, bajo la acusación de desarrollar actividades subversivas) que tuvo su trágico epílogo en el proceso y en la ejecución de los imputados el 23 de agosto de 1927. Cuando se difundió la noticia, Romain Rolland declaró: "Yo no soy norteamericano, pero amo a Norteamérica y acuso de alta traición contra Norteamérica a los hombres que la han ensuciado con este crimen judicial ante los ojos del mundo." Todavía en la víspera de la crisis de 1929, la economía norteamericana parecía mantenerse en una línea de constante expansión. En particular, pocas voces se elevaron en los años precedentes para denunciar los excesos de la política monetaria, la llamada política del "dinero fácil", que tendía a mantener bajas tasas de interés y facilitar el crédito a toda costa, sobre todo con respecto a Europa (a cuya reconstrucción, el Comité Directivo del Fe-

deral Reserve System creía ayudar de ese modo) y que en el mercado interno de los Estados Unidos favorecía una carrera vertiginosa a las especulaciones financieras.

El mecanismo de la crisis

Entre tanto, la espiral del sistema productivo norteamericano se estrechaba cada vez más hasta rozar el límite de ruptura, de autoaniquilación, sobrepasado en 1929. La prosperidad de la economía estadounidense, facilitada por la presencia masiva de técnicos en las diversas ramas de la producción, de la propaganda, de la venta de bienes de consumo, estaba llevando a una progresiva disminución de los costos de producción. Para obtener un equilibrio entre oferta y demanda hubiera sido necesario que se llegase, ya sea a una reducción de los precios de los bienes de consumo, ya a un aumento del salario de los trabajadores, o bien a ambas cosas a la vez. Por el contrario, los precios de los productos industriales permanecieron siempre extremadamente rígidos a causa, sobre todo, de la alta concentración de las fuerzas productivas, mientras la escasa eficiencia de los sindicatos en la fijación de contratos, favorecía una contención forzada de los salarios. La debilidad de los sindicatos se debía a que se encontraban dominados por la minoría de los obreros especializados bien remunerados que, por lo general, se desinteresaban de las reivindicaciones de los trabajadores explotados de las grandes industrias de producción masiva. También los precios agrícolas sufrían la misma suerte por la pasividad o el mínimo poder contractual de la masa de los campesinos. Al mismo tiempo las vías de exportación de los productos agrícolas norteamericanos habían sido poco a poco reconquistadas o limitadas por la expansión económica de Europa, reanimada después de la caída de la guerra.

El gran aumento de las ganancias industriales, que no se resolvía ni en una disminución de los precios, ni en un aumento de los salarios, desembocó en una gigantesca campaña de especulaciones financieras y el consiguiente aumento de los títulos accionarios. "Las sociedades advirtieron que la manera más fácil para obtener nuevo dinero era emitir nuevas acciones. Éste era dinero barato, porque no había ninguna necesidad de pagar dividendos sobre las acciones emitidas mientras que, por el contrario, era necesario pagar intereses sobre los préstamos bancarios. A su vez, las sociedades utilizaban el dinero para aumentar la capacidad productiva, aumentando así el flujo de mercaderías hacia un mercado ya saturado; o bien con el pasar del tiempo, las sociedades canalizaban cada vez más las disponibilidades financieras hacia la especulación. Nuevamente, el resultado era la elevación del precio de las acciones, repitiendo íntegramente el proceso a un nivel más alto. En el transcurso del decenio 1920-30, la bolsa absorbió una porción cada vez mayor de ganancias no distribuidas provenientes de la eficiencia industrial."

Con el rápido desarrollo de las sociedades por acciones y en particular de las anónimas, el dinero de muchísimos norteamericanos medios, invertido en acciones y obligaciones, terminó por conferir un poder gigantesco nuevo a los financistas de Wall Street. Este proceso tendía cada vez más a separar la propiedad de la riqueza de su dirección y control, que se transfería a las manos de unos pocos especuladores. El sistema financiero basado en las sociedades anónimas, típicamente fundado sobre la separación entre la propiedad de la riqueza y la capacidad de disponer o dirigir la misma, si por una parte enriqueció a un gran número de inversores con la subdivisión de las utilidades en el período de la gran prosperidad, por otra, con la quiebra de 1929, redujo a la miseria a la mayor parte de los accionistas medianos y pequeños de la clase media de los Estados Unidos.

A consecuencia del curso tomado por la economía norteamericana, gran parte de la riqueza obtenida por las especulaciones fue a parar a manos de la oligarquía financiera que gravitaba alrededor de Wall Street, mientras la clase de los trabajadores recibió, solo de reflejo y en medida muy reducida, las ventajas de la prosperidad.

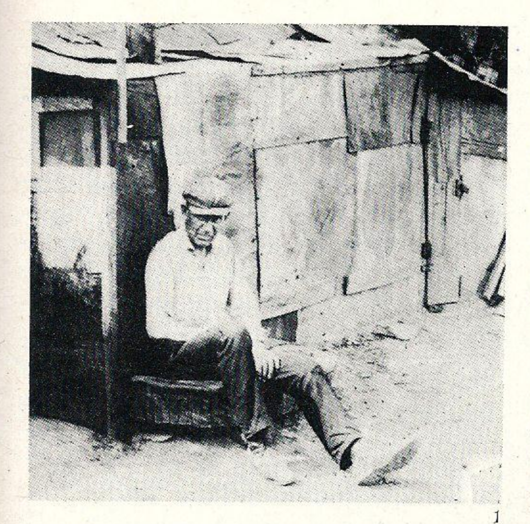
"Entre 1923 y 1929 la producción por hombre-hora en la industria ascendió a casi el 32 %, mientras los salarios por hora aumentaron... un poco más del 1,8 %... El nivel insatisfactorio de los salarios y de la renta agraria significaba que la 'propiedad' podía cada vez menos generar un poder adquisitivo lo bastante elevado para hacer frente a la siempre creciente capacidad productiva o para, con el tiempo, liberar al mercado de las mercancías ya disponibles."

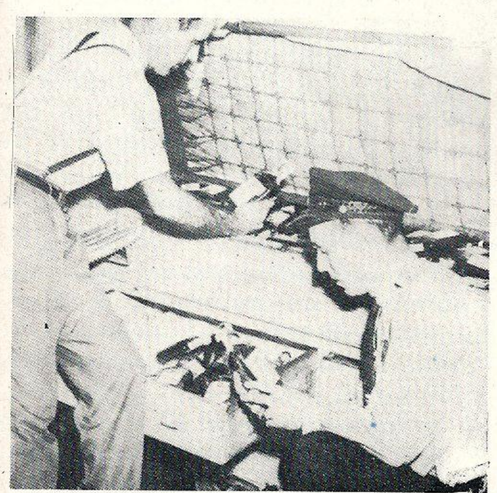
La edad de la "evasión"

En esta época signada, bajo su dorada y próspera apariencia, por contrastes y malestares sociales profundos, con frecuentes corrupciones individuales, la protesta de los intelectuales progresistas se expresó en forma de amarga denuncia, de ardiente sátira, en la evasión solitaria de la actividad creadora. "Algunos prefirieron la fuga al Greenwich Village de Nueva York, o al México primitivo o a un París refinado. Y los que no abandonaron los Estados Unidos encontraron sus formas particulares de evasión. El hombre común tomaba la actitud de sentirse inútil como defensa ante un orden social agresivo; un mundo que encontraba expresión en imágenes populares que personificaban los humores y las dudas de la época: Krasy Kat, feliz y lleno de confianza, pero al final siempre golpeado por el inevitable matón: Harold Lloyd, siempre contrariado; Keaton, siempre perplejo, y sobre todo Chaplin, símbolo de una humanidad solitaria, que desafiaba a un mundo que finalmente lo arrollaría. A un nivel más literario, la evasión se cumplió a través de la farsa que generó la sátira y la novela. Lardner, Kaufman y Hart, y con vena diversa, Cabell y Hergesheimer. El más grande de todos, Sinclair Lewis, creó un *Middle West* (Oeste Medio), lo llenó de personajes inolvidables, símbolos de la dominación de los negocios, y fijó la imagen de Norteamérica no sólo para los intelectuales de su generación sino para todo el mundo durante el medio siglo siguiente. O bien, la evasión encontró los intentos de Hemingway y Fitzgerald de crear figuras gentiles, ejemplos de valor y de amor en un mundo devastado por el dinero. O desembocó en revueltas como en Dreisder, colmadas de una tosca piedad, o en Dos Passos, que ponía al desnudo la vida norteamericana con profundos golpes de un reluciente bisturí.

El derrumbe de la Bolsa y la crisis de Occidente

Y finalmente se llegó a la ruina, durante la presidencia del republicano Herbert Hoover (1928-1932). En el otoño de 1929, la bolsa de Nueva York tuvo un colapso imprevisto, con repercusiones gravísimas a escala mundial. ¿Cuáles fueron, según los juicios sucesivos de los economistas, las causas principales de este *crack* gigantesco? "1) La tendencia de las esferas dirigentes a mantener los precios e inflar las ganancias y, al mismo tiempo, comprimir los precios de las materias primas y de los salarios, significó que se negó a los obreros y a los campesinos los beneficios de su propia productividad. La consecuencia fue la declinación relativa del poder adquisitivo de las masas; 2) siete años de incesantes inversiones a altos intereses habían aumentado exageradamente la capacidad productiva (en términos de la capacidad de consumo existente) y habían saturado la economía...; 3) la absorción, bajo forma de ganancias y dividendos, de los beneficios derivados de la tecnología creó la tendencia a utilizar el excedente de dinero en la especulación, transformando la Bolsa de un mercado de títulos en una casa de juego; 4) la ruina de la Bolsa completó el desastre... destruyendo la confianza, la ruina destruyó todas las esperanzas en una renovación automática; 5) por fin, el gobierno federal había alentado una política fiscal que llevaba a excesivos ahorros, una política monetaria que favorecía la expansión cuando los precios aumentaban y que favorecía la deflación cuando los precios caían; una política de aduanas que se confiaba en los préstamos del exterior como el único medio para sostener el comercio exterior, y una política con respecto a los monopolios que favorecía la concentración económica, pa-







1. *"Hooverville": una barraca de desocupados.*

2. *Prohibicionismo. La policía ha descubierto un depósito de alcoholes.*

3. *El prohibicionismo como medida de represión contra la corrupción, ha fracasado. La primera carga de alcoholes es transportada por las calles entre una multitud irónica.*

ralizaba los mercados e insensibilizaba el sistema de los precios. Representando a los hombres de negocios, el gobierno federal había ignorado el peligroso desequilibrio entre la renta comercial y la renta agrícola, entre los aumentos de salario y los aumentos de productividad. Representando a los financistas, había ignorado los métodos irresponsables del mercado de acciones. Representando a los banqueros, había ignorado el peso de la deuda privada y las profundas debilidades estructurales del sistema financiero y bancario. Viendo todos los problemas desde el punto de vista de los negocios y del lucro, había cambiado el interés nacional por el de una clase. El resultado fue el desastre común para una clase y para toda la nación."

Después del paréntesis de los años 1922-29, en los cuales la industria norteamericana había reabsorbido casi toda la mano de obra disponible y los campesinos habían visto mejorar discretamente sus condiciones de trabajo después de la crisis postbélica, una nueva y pavorosa oleada de desocupados deambuló por el país, tanto en los centros industriales como en el campo. Por todos lados volvían a repetirse las dramáticas escenas que habían acompañado a la depresión del 1919-22: colas de desocupados, familias enteras obligadas a vivir de la asistencia pública, millares de hombres sin techo, forzados a dormir —por el lleno total de los hospitales— en las veredas o sobre catres proporcionados por las autoridades municipales (como sucedió en Nueva York).

La crisis y la clase obrera

Los sindicatos reaccionaron con lentitud y aun cuando terminaron por expresar su preocupación por la situación presente, aun cuando llegaron a formular exigencias precisas, o amenazaron a los industriales y al gobierno, su vigorosa retórica nunca estuvo apoyada por una acción seria y organizada. El Partido Socialista, por su parte, conducido por un grupo de hombres de Nueva York encabezados por Morris Hillquit, estaba paralizado por luchas internas y no llegó jamás a concretar una acción eficaz. Aunque desde el punto de vista electoral recogía el mayor número de votos entre los partidos "marxistas" de los Estados Unidos, por su misma naturaleza ideológica tan heterogénea y llena de contradicciones no cumplió nunca (y menos aún durante la crisis) una función realmente positiva para la salvaguardia de los intereses de los trabajadores. El partido "podía servir para ministros de culto y asistentes sociales, pero muchos intelectuales desdeñaban la mezcla del evangelio social, de ortodoxia escolástica de la vieja guardia y de 'socialismo de albañales' de Milwaukee, Reading y Bridgeport. Los radicales se complacían en citar la observación atribuida a Trotski de que los socialistas eran partidos de dentistas". Es suficiente recordar un solo episodio para demostrar la torpeza de los socialistas norteamericanos: cuando, después de la crisis de 1929, se les pidió que trataran de buscar la unión de los sindicatos para constituir una especie de partido laborista inglés, Hillquit respondió: "¿Por qué debemos afanarnos tanto para ir a buscarlos [a los sindicatos]? Que vengan ellos hacia nosotros."

Los mitines del Partido Comunista provocaron grandiosas concentraciones de multitudes, como no había sucedido nunca antes. Resurgía así, para la clase dirigente, el "espectro" del comunismo y se repitieron violentos episodios de represión, análogos a los que se habían registrado en el sombrío período de las persecuciones de Palmer.

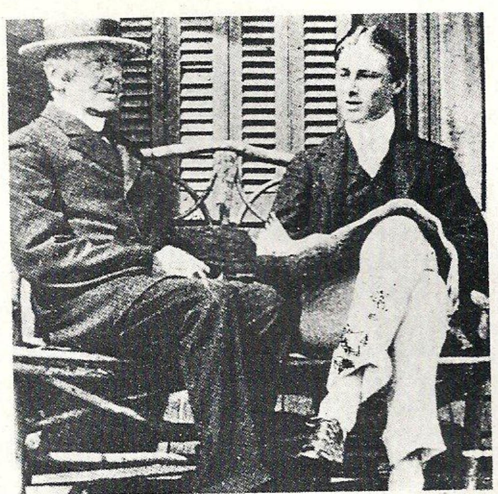
Hoover: en plena crisis

Si la desocupación era enorme, las medidas adoptadas por la administración Hoover para remediarla, al menos en parte, fueron inverosímiles por lo inadecuadas. Convencido de que el gobierno debía preocuparse solamente por solucionar los negocios, el presidente se opuso a cualquier intervención federal en beneficio de los desocupados, dejando que éstos se las arreglaran como mejor (o peor) pudieran, recurriendo a los entes asistenciales, públicos o privados, existentes en varias localidades de los Estados. Como símbolo del desinterés y de la ineficacia del gobierno en la ayuda a los desocupados y los pobres, podrían tomarse las *Hoovervilles*, como se llamaron irónicamente a los aglomerados de barracas improvisadas con troncos, cartón asfaltado y restos de carrocerías de automóviles, en los que millares de personas se vieron obligadas a pasar inviernos enteros, entre la suciedad y las enfermedades. Fatalmente, se difundió la delincuencia individual u organizada en bandas.

Primero tímidamente, luego con mayor vivacidad e insistencia, entre aquellos que intentaban proponer un remedio a la crisis, volvió a utilizarse un término muy temido por los industriales y por los monopolistas norteamericanos: planificación. "El pensamiento económico de los liberales, en los primeros tiempos de la depresión tendía [...] a concentrarse sobre los programas prácticos. Uno, trazado por Keynes, Foster y Eccles, consideraba la crisis desde el punto de vista de la caída de la demanda y proponía revigorizar el poder adquisitivo a través del gasto público" (en el campo de este análisis económico, tuvo particular difusión la "teoría de los subconsumos"), que tuvo su punto de referencia en el *Treatise on Money*, de John Maynard Keynes, publicado en 1930. Dos años después, el mismo Keynes afirmó, refiriéndose a la depresión norteamericana: "Ésta no es una crisis de miseria sino una crisis de abundancia." El otro programa, trazado por



1



2

3

Veblen, Patten, Berle, Means y Tugwell, consideraba la crisis desde el punto de vista de los defectos institucionales y sostenía la necesidad de una integración económica a través de la reforma institucional. Ya quisieran gastar o planificar, todos eran pragmáticos antes que dogmáticos. Estaban unidos por la determinación de trabajar dentro del sistema existente, de proceder con la razón y el consenso público y de conservar viva a la sociedad libre.

En uno de sus escritos, "Keynes predijo que la maldición de Midas caería sobre las naciones que se aferraran al oro, que sufrirían las desventajas de los precios fijados en términos áureos, mientras que sus competidores en los mercados mundiales gozarían de los beneficios de la desvalorización". Los Estados Unidos, decía Keynes, estaban creando "para todos nosotros el problema de encontrar cualquier modo para producir sin su grano, sin su cobre, sin su algodón y sin sus automóviles"; los Estados Unidos estaban permitiendo la destrucción de sus propias industrias de exportación.

Pero si había alguien que más que ningún otro sufría de la mortal ambición de Midas, era justamente Hoover, para quien el restablecimiento de la paridad del oro constituía una idea fija, junto con su obstinada búsqueda del equilibrio de la balanza. Esto paralizó toda inversión estatal en los trabajos públicos que, antes que cualquier otra medida, hubiera logrado combatir la depresión. Y las ideas de reformas y de planificación quedaban en palabras, mientras el gobierno continuaba esperando que, por quién sabe qué milagrosas razones, la economía del país volviese a asentarse para restituir el bienestar a todo el pueblo. Difundiendo un optimismo ciego e irresponsable, Hoover declaraba que "así como no podía haber nada errado en las condiciones del país, no podía haber nada de errado en el mecanismo económico. Por lo tanto, los problemas eran más psicológicos que económicos". En febrero de 1931, se obstinaba en decir: "El país tiene necesidad de desahogarse en una gran carcajada. Pareciera que hubiera histerismo en el aire.

Si alguno lograse inventar alguna buena broma cada diez días creo que nuestras penas terminarían." Y las bromas llovieron de todas partes, pero para poner en ridículo la obtusidad del presidente. "La palabra . . . *Hoover* se convirtió en un prefijo cargo de odio. No sólo nació la expresión *Hoovervilles* (ciudad de Hoover) para designar las barracas de desocupados, sino también *Hooverblankets* (sábanas Hoover: los diarios que se envolvían al cuerpo para protegerlo un poco del frío, *Hoover wagons* (automóviles fuera de uso tirados por mulas), *Hoover flags* (banderas Hoover: bolsillos vacíos dados vuelta hacia el exterior), *Hoover Hogs* (cerdos Hoover: liebres).

Una candidatura y un programa democráticos

Mientras se acercaba la terminación de su mandato, la depresión tocaba extremos pavorosos. Los índices de la renta nacional, de la desocupación, de las inversiones, de la producción industrial, de los salarios, sufrieron un descenso tremendo desde 1929 a 1932. Después de tres inviernos desesperados de miseria y de frío el descontento popular llegó a la exasperación. Era el momento apropiado para que los demócratas, después de un paréntesis de doce años, se movilizaran para retomar el predominio y promover una política de reformas radicales. A los ojos de muchos norteamericanos, el hombre que ofrecía las mayores garantías para poder conducir con éxito una carrera tan comprometida, era Franklin Delano Roosevelt, apoyado por el ala liberal del partido demócrata. "El gobernador de Nueva York era el único..., entre los políticos demócratas y republicanos, que criticaba con coherencia el excesivo poder de los ambientes financieros, que exigía drásticos (aunque imprecisos) cambios en el sistema económico, que sostenía la necesidad de audaces experimentos y de una extensa planificación. Aun cuando sus recetas eran vagas, estaban animadas por un impulso nuevo y, para algunos, amenazante. Elegido candidato por la convención nacional demócrata, Roosevelt enunció con vigor su propio programa: Primero, asistencia a todos los grupos, tanto en la cima como en la base de la pirámide; por lo tanto, reducción de los gastos y economías en Washington para proporcionar un ejemplo de solvencia a todos los niveles del gobierno; abolición del prohicionismo; leyes sobre títulos; obras públicas; una semana de trabajo más corta; repoblación forestal; planificación de la producción agrícola; reducción de la tasa de interés; reducción de la tarifa de aduana." Y volviéndose a los delegados de la convención, concluyó así: "Yo los comprometo y me comprometo a ofrecer un *New Deal* (Nuevo Trato) al pueblo norteamericano."

F. D. Roosevelt. Los orígenes

Franklin Delano Roosevelt había nacido el 20 de enero de 1882, en Hyde Park, sobre el Hudson, de una familia protestante de antiguo origen holandés, emigrada a América del Norte en el siglo XVII. El padre, James, era un clásico *gentleman farmer* (caballero rural): había crecido en la aristocrática tradición de las grandes "familias del río", que lo había llevado a estudiar y a graduarse en la Union College y en la Facultad de Leyes de Harvard. Después de una breve y aventurera experiencia de vida militar junto a Garibaldi, se había dedicado a los negocios y a la diplomacia, para retirarse definitivamente, poco tiempo después, a la administración de su vasta posesión de Hyde Park, donde se había vuelto a asentar en la atmósfera distendida, en las tranquilas y acomodadas actividades de gran señor de la campaña. Después de la guerra civil (en cuyo curso los demócratas se habían alineado detrás de los estados secesionistas del Sur), caso casi excepcional entre los Roosevelt, había entrado el Partido Demócrata. La madre de Franklin y segunda mujer de James, Sarah Delano, pertenecía a una antigua familia de colonizadores de origen francés (de la Noye). En este clima de sólido y placentero bienestar, transcurrieron los primeros años de la vida de Franklin, haciendo frecuentes viajes a Europa y recibiendo una cuidadosa educación por parte de la madre y de los tutores de Hyde Park. Desde niño conoció el francés y el alemán y frecuentó con sus padres la alta sociedad. A los catorce años lo inscribieron en la escuela más elegante de Norteamérica, la de Groton en Massachussets, fundada por el reverendo Endicott Peabody. Se trataba de una escuela organizada sobre el modelo inglés "y agrupaba a los estudiantes en cuadros o clases, con un sistema de antigüedad mantenido a través de un esquema de estudiantes prefectos. Los estudiantes vivían en pequeñas celdas; ducha fría a la mañana; lavaderos de piedra negra o palanganas de lata para lavarse, camisa blanca y medias negras para el almuerzo... El programa era clásico y la enseñanza se impartía siempre con eficiencia y a menudo con devoción". La experiencia de Groton, con su férrea disciplina, constituyó para Franklin una escuela de carácter, de la que salió templado y resuelto. En 1900 se inscribió en Harvard, donde tuvo entre sus maestros a Frederik Jackson Turner (el célebre autor de *The Frontier in American History*, La frontera en la historia norteamericana) en historia y a Josiah Royce en filosofía. Se graduó en sólo tres años, obteniendo el diploma de *Arts Bachelor*. En 1904, después de haber pasado otro año en Harvard como director del periódico estudiantil ("Crimson"), se inscribió en la Facultad de Leyes de la Universidad de Columbia, pero interrumpió sus estudios sin recibirse. En 1905 se casó con Anna Eleanor Roosevelt, nieta de Theodore Roosevelt, y dos años después aprobó los exámenes para abogado, siendo admitido en el Foro de Nueva York. Inmediatamente después, entraba como aprendiz en un estudio legal.

Primeras experiencias políticas

Sin embargo, ni la carrera de abogado ni los estudios lo satisfacían plenamente ya que, con el ejemplo de Theodore Roosevelt, siempre se había sentido más atraído por la vida política. En 1909 se presentó como candidato demócrata del condado de Dutchess para el senado y obtuvo la no-

1. Franklin, en el centro del equipo de foot-ball en la Groton Prep School.

2. A los 19 años, con el padre, en la casa de Hyde Park.

3. Franklin Delano, con la madre y el padre.

4. En una pose de aristocrático desinterés.



minación. Convertido en presidente del comité para los bosques, la caza y la pesca, luchó enérgicamente por la salvaguardia y el respeto de los recursos naturales del país. Mientras ocupaba este cargo, experimentó directamente, por primera vez, la irreductible resistencia de los grandes intereses privados a respetar la imposición de las medidas que reglamentaban la explotación indiscriminada de los recursos naturales (bosques, zonas vírgenes, ríos, cuencas). En particular, "luchó denodadamente por una ley que exigiera del Estado la constitución, la propiedad y el funcionamiento de las centrales hidroeléctricas y de las líneas de transmisión de energía". De esta experiencia se desarrolló en él un interés cada vez más grande por los problemas de la planificación en general. Al mismo tiempo, tomó contacto con los problemas sindicales y se convirtió en un defensor apasionado de la Association for Labor Legislation. "La lucha por la conservación de los recursos naturales contribuyó a formar en la mentalidad de Roosevelt ... el concepto de que el bien público debía ser protegido con atenta vigilancia contra la avidez de los particulares. Pensaba que la comunidad debía aprontarse para tomar las medidas necesarias de regulamiento y planificación para impedir que la carrera del lucro golpease mortalmente al sistema económico. Tanto en el caso de Franklin Delano Roosevelt como en el de Theodore Roosevelt, los principios de conservación condujeron directamente al concepto de la intervención gubernamental en la economía como medio de proteger el interés público." En 1912, el concepto fundamental de los teóricos del *New Nationalism* (cooperación en lugar de competencia en el cuadro de la economía general) estaba ya profundamente radicado en la mente de F. D. Roosevelt: "Si podemos profetizar hoy que el Estado ... dirá dentro de poco al individuo cuántos árboles puede cortar, entonces, ¿por qué no podremos, sin ser radicales, predecir que el Estado obligará a cada agricultor a cultivar su tierra y criar bovinos o caballos? ... Si a este método lo llamamos reglamentación, la gente levanta las manos en señal de protesta, y dice 'antinorteamericano' o 'peligroso'. Pero si al mismo proceso lo llamamos 'cooperación', los mismos inoportunos gritarán 'bien hecho'." Durante la campaña de 1912 para las elecciones presidenciales, toma posición contra el republicanismo progresista de Theodore Roosevelt y apoya a Wilson. En el mismo año, en el clima de la gran avanzada demócrata en todo el país, F. D. Roosevelt es reelegido senador del condado de Dutchess.

Entre los "marines"

Al año siguiente es nombrado subsecretario de Marina (cargo que ocupa hasta 1920) y se traslada de Nueva York a Washington pero sin perder de vista la militancia política. Su tarea consistía principalmente en la dirección de los asuntos económicos de la Marina y en este cargo tuvo oportunidad de tener un continuo trato con los hombres de negocios e industriales (interesados en recibir favores y contratos del Estado) y con los sindicatos. Frente al estado de tensión entre los Estados Unidos, México y Japón en el 1913-14, Roosevelt sostuvo el principio de la constitución de una Marina fuerte para custodiar al país y ponerlo en condiciones de intervenir cuando hubiese necesidad de hacerlo. Esta idea suya pareció encontrar confirmación en el episodio de la revuelta de Haití en 1915, con la posterior ocupación de la isla por parte de los *marines* norteamericanos. Después del estallido de la guerra y de la elección de Wilson, el programa de antiaislacionismo de este último se convirtió en una firme convicción para Roosevelt, que en los preparativos precedentes y contemporáneos a la entrada de los Estados Unidos en la guerra, se distinguió por su febril actividad en la reorganización y en la movilización de la Marina. En 1918 visitó el frente francés, "vio la guerra, se regocijó con ella y la odió", y en 1919 participó con Wilson en la conferencia de París para vigilar la liquidación de los equipos navales norteamericanos en Europa. Fue un ferviente sostenedor de la Sociedad de las Naciones y criticó a Wilson por no haber estimulado la participación de los Estados Unidos.

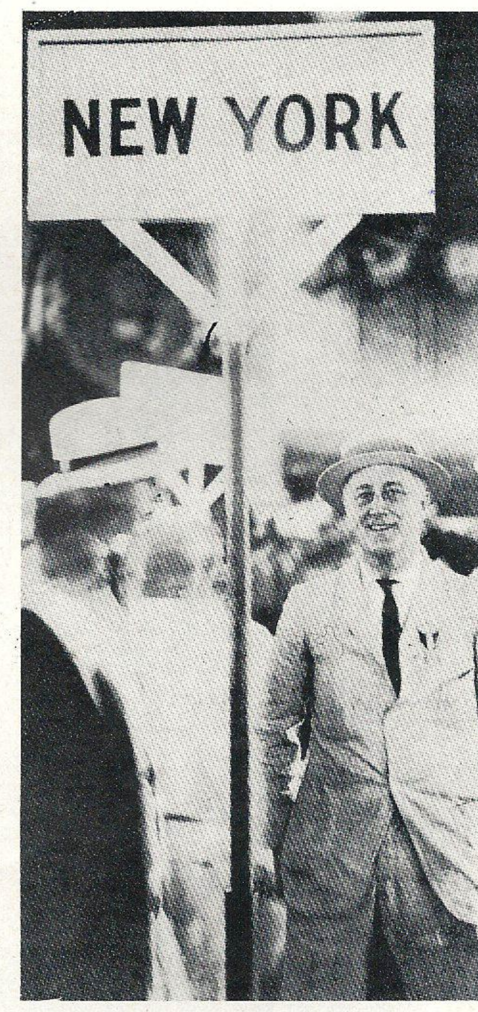
La experiencia de la guerra, tan directamente vivida por Roosevelt en un cargo de alta responsabilidad, contribuyó a la maduración de sus ideas principales en lo referente a estrategia militar y a la política interna o externa: "la guerra le enseñó la necesidad de la logística en una guerra global y los problemas de la diplomacia de coalición". En política exterior comprendió "que Norteamérica había establecido nuevas relaciones con el mundo para todos los tiempos futuros" y hubiera sido muy injusta consigo misma y con toda la humanidad "si hubiera intentado sólo retirarse detrás de la vieja muralla china de la política de aislamiento". En cuanto a la política interna, atribuyó el éxito del esfuerzo de guerra al plan de movilización escogido por Wilson y por el secretario de Guerra Newton D. Baker: "El concepto del War Industrial Board y del control de Washington sobre todos los servicios industriales y de transportes tuvo su origen en la Casa Blanca." En otras palabras, él hacía resaltar que "la organización norteamericana para la guerra fue creada *desde lo alto a lo bajo y no desde lo bajo a lo alto.* Y esto es muy importante".

Después de la guerra, con el nuevo empuje republicano en todos los Estados Unidos y la consiguiente derrota demócrata en las elecciones de 1920, Roosevelt concluyó este primer período de su carrera política retirándose a la vida privada (no sin antes haber tenido la satisfacción de verse propuesto a la vicepresidencia por la convención demócrata de San Francisco). Hablando con un amigo al día siguiente de la victoria de Harding, Roosevelt hizo una previsión muy aguda sobre el futuro próximo afirmando que "los demócratas no tendrían un presidente hasta que no se verificase una depresión muy seria. Sólo cabía esperar ... que la nueva administración no fuera tan reaccionaria que provocara una oleada de radicalismo".

Enfermedad y meditación

Volviendo a ser, después de diez años, un ciudadano común, Roosevelt se retiró a la sombra, esperando el momento preciso para reaparecer cuando se tuviera necesidad de él y encaró la nueva actividad de vicepresidente de una gran compañía bancaria de Nueva York. En 1921 se enfermó gravemente de poliomielitis, perdiendo completamente el uso de las piernas. Desde entonces se vio obligado a servirse de un busto de acero y a caminar con muletas o con la ayuda de aparatos ortopédicos. Por un momento pareció que la enfermedad pondría fin a su actividad anterior, pero con gran fuerza de ánimo Roosevelt triunfó sobre la enfermedad y, ayudado por el cuidado amoroso de Eleanor, encontró la fuerza suficiente para volver a ocuparse de negocios y de política. Su presencia se hizo sentir particularmente en la víspera de las elecciones de 1924 durante los trabajos de la convención nacional demócrata. Después de la victoria de Coolidge, escribió: "Por más que el partido demócrata sea el partido de la honestidad y del progreso, la gente no expulsará a los republicanos mientras las pagas sean buenas y los mercados estén en alza [...] Quisiera solamente que los demócratas de todo el país estén más unidos, que se libren de su sectarismo y de su provincianismo, que entablen mejores relaciones con la prensa y den una base financiera más sólida a la organización nacional del partido." Su mayor interés se centró, desde ese momento, en el problema de la organización material del partido y en la elaboración de un programa político realista y coherente. Le fastidiaban particularmente las nostalgias jeffersonianas de muchos autorizados demócratas. Éstos sostenían que "Washington debería gobernar *menos*, y deberían disminuirse las funciones existentes del gobierno nacional". El fracaso demócrata de los años 1912-20 y la renovación desenfrenada de la reacción capitalista favorecida por los republicanos, evidentemente no les servían de ejemplo. No habían comprendido todavía que "la complejidad de la civilización moderna y la supresión de los límites entre los Estados por obra de entes como los de energía eléctrica, de comercio interestatal y de ventas









1. Roosevelt presta juramento, después de haber sido reelegido gobernador de Nueva York, en 1930. A su espalda, su mujer, Eleanor.

2. Amo de Nueva York.

3. Chicago. Una huelga en las fábricas de acero.

4. Roosevelt con la familia en Campobello antes de la campaña que llevaría a Harding a la presidencia.



1. Ben Shan. Detalle del panel sobre Sacco y Vanzetti. Manifestación popular.



1



2

1, 2. Las dificultades para la imposición del New Deal *en dos viñetas de distinta procedencia política.*

3. F. D. Roosevelt presta juramento presidencial, de manos de Charles Evans Hughes, en 1933.

de bienes de consumo a través de las grandes compañías comerciales de importancia nacional, [parecían] requerir en muchos casos alguna forma de intervención del gobierno para impedir abusos o extorsiones". En 1926, retomó aún con mayor conciencia este tema, criticando en la convención nacional demócrata las posiciones "jeffersonianas": "Si aceptamos la frase 'el mejor gobierno es el que funciona menos' debemos entender que ella se aplica a la simplificación de la máquina gubernativa o a la prevención de la indebida interferencia en los legítimos actos privados de los ciudadanos; pero una nación y un Estado que rehúsan afrontar, por medio de una acción gubernativa, los nuevos problemas causados por el inmenso aumento de la población y por los sorprendentes progresos de la ciencia moderna, están destinados a la declinación y a la muerte."

Roosevelt gobernador de Nueva York

En 1928 la convención demócrata nombró a Roosevelt candidato al cargo de gobernador de Nueva York. Si bien esto le costaba un enorme esfuerzo físico, se lanzó con entusiasmo a la campaña electoral, viajando en un Buick e improvisando discursos desde el asiento posterior. Una vez, delineando el programa de previsión social gubernativa, apoyó incondicionalmente las medidas tomadas en ese sentido por el gobernador demócrata saliente, Smith, declarando: "Si su programa de reducción de las horas de trabajo para las mujeres y los niños es socialista, nosotros somos todos socialistas, y si su programa para el mejoramiento de los hospitales del Estado y de las prisiones del Estado es socialista, somos todos socialistas. Y si su programa para el mejoramiento para las condiciones sanitarias de este Estado y para las considerables ayudas a las escuelas de este Estado son socialistas, somos todos socialistas y estamos orgullosos de este nombre." Roosevelt resultó vencedor en las elecciones si bien con una mayoría no muy fuerte. La crisis de 1929 evidenció claramente la gran capacidad organizativa del gobernador demócrata. En el primer año se había preocupado sobre todo por obtener energía eléctrica a bajo precio, garantizar la conservación de los recursos naturales del Estado de Nueva York y favorecer la agricultura, y había comenzado a pensar en un proyecto de planificación regional. Pero desde octubre de 1929 toda su atención se concentró en el problema de la asistencia y de la previsión social. Pensó en una imponente obra de descentralización de la industria de las ciudades a la campaña de modo de garantizar a los obreros el trabajo en las fábricas o en el cultivo de un trozo de tierra que le proporcionase lo necesario para vivir. En lo que respecta a las medidas para disminuir la desocupación, Roosevelt proyectó formas

de seguro para aquellos que habían perdido su trabajo y para sus familias y dio impulso a una gran organización asistencial a expensas del Estado (la ayuda a los ciudadanos desocupados —dijo Roosevelt, en evidente polémica con Hoover— "debe ser proporcionada por el gobierno no como caridad sino como un deber social"). Al mismo tiempo trató de restituir al trabajo a una parte de los desocupados, empleándolos en las canteras de conservación, creando campos de trabajo, haciendo plantar árboles y abonando la tierra. "Ningún gobernador de la nación luchó con tanto empeño contra la depresión. Él reunió decisión ejecutiva y dirección política. Tenía que vérselas con una legislatura republicana, hostil a la nacionalización de la energía pública, al trabajo organizado y las reformas sociales. Sin embargo, utilizó la radio como medio eficaz de comunicación para levantar la opinión pública y a menudo los legisladores se vieron obligados a aceptar medidas que habían combatido en principio [...] Finalmente el gobernador logró que se aceptara buena parte de su programa."

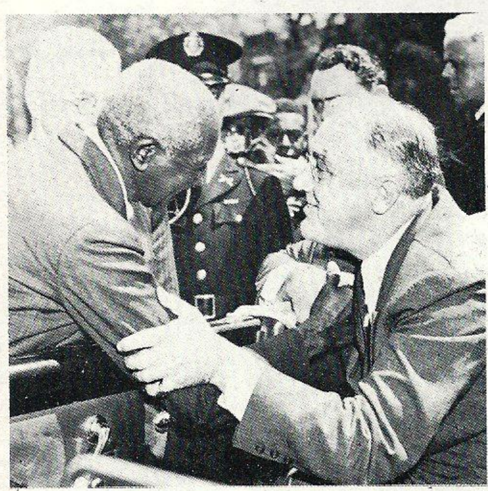
El "trust" de cerebros

En 1932, después de haber sido electo candidato a la presidencia por la convención demócrata, se entregó con todas sus energías a la campaña electoral y ayudado por un formidable "trust de cerebros" (expertos y consejeros en economía, en cuestiones sindicales y sociales, etc., entre los cuales se encontraba el jurista A. A. Berle y el economista R. G. Tugwell) dio una sistematización coherente a su programa. Su competencia con respecto a economía y problemas sociales, así como su misma concepción de las tareas del estado eran extremadamente convencionales. Retomaba en particular, algunos elementos de los programas de la *New Liberty* y del *New Nationalism*, y se basaban más sobre una posición sentimental que sobre una real y propia convicción intelectual. En él obraba, más que otra cosa, "el desprecio del gentilhombre de campo por los ricos sin sentido de responsabilidad social"; lo que lo movía, sobre todo, era un sentimiento de responsabilidad por la comunidad, mezclado a un desprecio por el comercio, característicos del propietario de tierras y a una tolerancia y bonhomía características del aristócrata. Para empeñarse en una campaña electoral se precisaban ideas claras, programas precisos y concretos y, sobre todo, una orientación teórica bien caracterizada. El "trust de cerebros" de Roosevelt satisfizo positivamente todas estas exigencias enriqueciendo, aclarando y corrigiendo las inciertas convicciones del futuro presidente. Mientras se preocupaba de la conducción práctica de la campaña, Berle y Tugwell se cuadruplicaban para elaborar un programa político consistente.

Uno de los discursos más importantes de




1


2



3


4

Roosevelt, en el que se intentaba una conciliación entre las opciones del *New Nationalism* y de la *New Liberty* —el que pronunciara el 23 de setiembre de 1932 en el Commonwealth Club de San Francisco— fue escrito por Berle casi en su totalidad. Después de trazar un cuadro histórico del desarrollo de la democracia norteamericana, Roosevelt afirmó que el proceso de expansión podía considerarse concluido: "Una mirada a la situación actual, nos hace ver claramente que la igualdad de posibilidades como ya la conocemos, no existe más. Nuestras fábricas ya están construidas; el problema es determinar si, dadas las condiciones actuales, no se han construido demasiadas. Nuestra última frontera ha sido alcanzada hace tiempo y prácticamente ya no existen tierras disponibles. Más de la mitad de nuestro pueblo no vive sobre tierras o haciendas agrícolas y no puede procurarse su sustento explotando una propiedad que le pertenezca. No hay una válvula de seguridad como, por ejemplo, una pradera en el Oeste, adonde puedan ir a rehacer su vida aquellos que han sido abandonados a la miseria por las máquinas económicas del Este. No podemos favorecer la inmigración de Europa e invitar a los inmigrantes a compartir con nosotros nuestra riqueza sin fin. Ahora, proporcionamos un mísero nivel de vida a nuestro pueblo . . . El empresario independiente está participando en una carrera que está destinado a perder . . . Si el proceso de concentración continúa al ritmo actual, dentro de un siglo la industria norteamericana estará controlada por una docena de sociedades y dirigida tal vez por un centenar de hombres. Está claro que nos estamos dirigiendo con regularidad hacia una oligarquía económica, si es que ya no hemos arribado a eso . . . Nuestra tarea actual no es descubrir o explotar los recursos naturales, o producir necesariamente una mayor cantidad de mercancías. Tenemos la tarea, más modesta y menos excitante, de administrar los recursos y las capacidades industriales que ya poseemos , de tratar de recrear mercados exteriores para los excedentes de nuestra producción, de enfrentar el problema del subconsumo, de adecuar la producción al consumo, de distribuir la riqueza y los productos más equitativamente, de adaptar la organización económica existente al servicio del pueblo . . . de dar vida a una forma de organización que a su vez, dará vida a toda la estructura, si bien se limitará de algún modo la libertad de acción de los grupos individuales en el interior de una categoría . . . Al respecto, gobernar significa mantener el equilibrio, dentro del cual cada individuo podrá, si quiere, encontrar seguridad, en el cual cada individuo podrá lograr un poderío que corresponda a su habilidad y que esté condicionado a la voluntad de asumir su responsabilidad relativa." Desde el fondo del abismo al que lo había precipitado la insensata administración republicana, el pueblo norteamericano, cansado de huecas apelaciones al optimismo, interpretó las palabras de Roosevelt como una luminosa promesa de regeneración y el 18 de noviembre de 1932, con una victoria clamorosa (42 estados a favor, mayoría de 7 millones de votos) lo eligió presidente de los Estados Unidos.

Qué es el "New Deal"

Lo que se conoce en la historia como período del *New Deal* rooseveltiano, se caracterizó por una complejidad de normas políticas generales (no sólo en la oposición conservadora, sino también dentro del mismo gobierno) y por una cantidad de contradicciones que dejan perplejos y en desacuerdo hasta a los historiadores más recientes cuando se trata de darle una interpretación y una definición globales. Trataremos de aclarar luego estas dificultades: lo que ahora importa subrayar es que si el *New Deal* no fue propiamente, como algunos quieren sostener, una "revolución" (en cuanto no se verificó una transferencia del poder económico-político-jurídico de la clase capitalista-financiera a la trabajadora), significó, sin embargo, la iniciación de un fecundo período de reformas económicas y sociales que elevaron a un nivel nunca antes alcanzado a las fuerzas progresistas y democráticas de los Estados Unidos. Por eso, si el *New Deal* no fue una "revolución", no fue tampoco una política dirigida exclusivamente a reforzar el sistema capitalista, sacudido por la gran depresión, según la opinión avanzada de otros. (Se trata, en sustancia, de un contraste de interpretaciones que se transfirió directamente a la historiografía y, en general, a toda la literatura sobre el tema, directamente de la polémica que, desde su primera aparición, acompañó al experimento de Roosevelt. Los críticos de izquierda, por lo menos al principio, lo juzgaron como una reforma autoritaria y reaccionaria, a imitación del modelo corporativo de Mussolini y los de derecha, gritaron "traición" histéricamente, viendo en él una prefiguración del sistema comunista.) Además, si el *New Deal* fue un programa dirigido a realizar una serie de reformas en el contexto político, social, institucional y económico de los Estados Unidos, su impulso no se agotó en este ámbito. En Europa, el frente reaccionario veía más bien a la Alemania de Hitler, que asumió el poder el 30 de enero de 1933, alineada al flanco de Mussolini: ambos apoyados por las clases dirigentes conservadoras de sus respectivos países. Francia e Inglaterra, mantenían una política exterior más de complicidad que de control y de oposición al nazismo, cuyo momento culminante estuvo representado por el encuentro de Munich, que, en la víspera de la guerra, convirtió a estas potencias en corresponsables con Alemania, si bien luego, en el conflicto, se colocaron en

el frente opuesto. En Extremo Oriente, el Japón, dominado por el ejército y por la clase capitalista de los "nuevos Zaibatsu", proseguía su política de agresión a China. En este cuadro, la victoria de la tendencia democrática y progresista representada por Roosevelt en Norteamérica, asumió un significado todavía mayor. No debe olvidarse, en efecto, que la crisis del 29 había tenido profundas repercusiones en Europa, donde ningún país la afrontó con claridad, sino que, por el contrario, en algunos se contribuyó a la consolidación de regímenes más reaccionarios y opresivos.

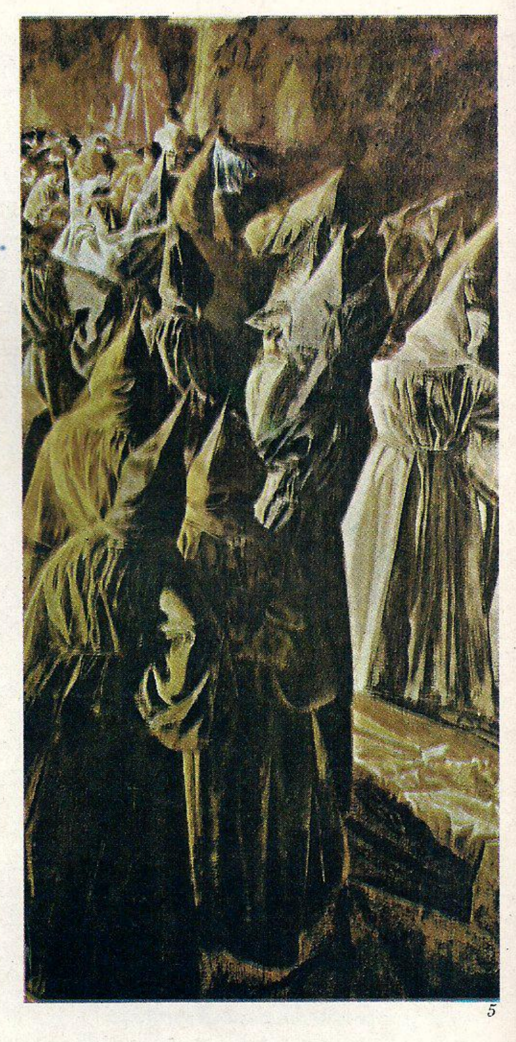
Si bien la política interior y exterior del período rooseveltiano estuvieron siempre determinadas, en todos sus sucesivos pasajes y desarrollos, a tendencias o perspectivas generales únicas, es necesario aquí tratarlas separadamente por razones de claridad: luego trataremos de enlazar los hilos conductores principales.

César o Cincinato

Desde el día en que asumió el poder (el 4 de marzo de 1933) no se tuvieron dudas sobre el enérgico empeño reformador de Roosevelt: "Había llegado el momento —dijo— de decir la verdad, toda la verdad, con franqueza y coraje. 'Quiero declarar mi firme convicción de que la única cosa a la que hay que tener miedo es al miedo mismo; terror sin nombre, irracional, injustificado, que paraliza todos nuestros esfuerzos, para convertir la retirada en avanzada... En cada hora oscura de nuestra vida nacional, aquellos que guiaron el país con franqueza y vigor obtuvieron siempre por parte del pueblo esa comprensión y ese apoyo tan esencial para la victoria... La abundancia se encuentra en los umbrales de nuestras casas, pero justamente cuando estamos por tocarla con las manos, nos falta el pleno goce de esa abundancia'. ¿Por qué? Porque aquellos que regulan la distribución de los bienes de la humanidad 'han fracasado, por su propia obstinación e incompetencia, han admitido su fracaso y han abdicado... No han sido previsores, y cuando esto sucede, el pueblo perece. Los comerciantes han huido de sus altos escaños en el templo de nuestra civilización... Es necesario poner fin a una conducta en los bancos, en el comercio y en la industria, que muy a menudo ha dado a un sagrado compromiso de fidelidad el semblante de una ruindad endurecida y egoísta... Esta nación exige que se actúe y que se actúe pronto... Debemos avanzar como un ejército fiel, dispuesto a sacrificarse por el bien de una disciplina común, porque sin esta disciplina no hay progreso y ninguna iniciativa puede tener efecto alguno. Puede ser que la exigencia, nunca hasta ahora verificada, de acción inmediata, nos requiera alejarnos temporariamente del equilibrio normal del procedimiento de la vida pública." Si el Congreso no toma las medidas necesarias, si la situación se mantiene en un punto crítico, entonces, agregó Roosevelt, "yo pediré al Congreso el único instrumento disponible para afrontar la crisis: un gran poder para el Ejecutivo, para luchar contra la grave situación, un poder tan grande como el que se me concedería si nuestro país estuviese invadido por el enemigo". Esta última frase, sobre todo, impresionó mucho a los adversarios de Roosevelt: un periodista, Edmund Wilson, escribió: "Lo que salta claramente a los ojos es la escaramuza de una dictadura." Indudablemente la posición más cauta expresada por Roosevelt en los meses precedentes (por ej. en el discurso del 23 de setiembre de 1932) sobre la base de la preocupación por ganar la confianza de los progresistas pero sin asustar a los conservadores, de conciliar los siempre actuales presupuestos del *New Nationalism* y de la *New Liberty*, había cedido paso ahora a una tendencia resuelta, sin esa ambigüedad que preocupaba evidentemente a los adversarios del *New Deal*.

Las leyes del "New Deal"

Rodeado y asistido por un eficientísimo grupo de expertos y con un gabinete de hombres de confianza y competentes, Roosevelt emprendió una febril actividad que lo llevó a obtener del Congreso poderes especiales de emergencia y a hacerlo aprobar, en apenas tres meses (los famosos Cien Días) un gran número de leyes y medidas que lanzaron concretamente al *New Deal*. He aquí una lista: "Emergency Banking Act, que decreta las ferias nacionales de los bancos; Economy Act; fundación de los Civilisation Conservation Corps; abandono del patrón oro; aprobación del Federal Emergency Relief Act, que crea un ente de asistencia nacional; aprobación del Agricultural Adjustment Act, que establece una política agrícola nacional con una enmienda que confiere al presidente los poderes para la expansión monetaria; aprobación del Emergency Farm Mortgage que dispone la financiación de las propiedades agrícolas mediante hipotecas; aprobación del Tennessee Valley Authority Act, que prevé el desarrollo unificado del valle del Tennessee; aprobación del Truth-in-Securities Act, que prescribe la más absoluta publicidad en las emisiones de nuevas acciones, la aprobación de la cláusula del oro en los contratos públicos o privados; aprobación del Home Owners Loan Act, que dispone la financiación de las hipotecas sobre las viviendas; aprobación del National Industrial Recovery Act, que establece un sistema de autogobierno industrial y un programa de obras públicas por la suma de 3,3 mil millones de dólares; aprobación del Glass Steagall Banking Act, que separa las operaciones bancarias comerciales de las inversiones y garantiza los depósitos bancarios; aprobación del Farm


5

1. Roosevelt por tercera vez presidente de los Estados Unidos, regresa a la Casa Blanca, con su mujer en 1941.

2. La política antirracista. El presidente, visitando Alabama, saluda al científico negro G. Washington Carver.

3. Los muchachos y la guerra. Roosevelt recibe el ofrecimiento de los estudiantes para la guerra.

4. Una joven representante de la Cruz Roja norteamericana en la Casa Blanca.

5. Arden las cruces del KKK, organización racista de derecha que tiene adeptos sobre todo en los estados del sur.

Credit Act, que prevé la reorganización de la actividad de crédito agrícola; aprobación del Railroad Coordination Act, que nombra un coordinador federal de los transportes".
En orden de importancia, el primer problema que encaró Roosevelt fue el de la reorganización de la economía agrícola. Aparte de los trabajadores negros, ninguna otra categoría social había sido golpeada tan duramente por la depresión como la de los agricultores.
El alma del programa agrícola del *New Deal* fue Henry Agard Wallace, estudioso de agronomía y auténtico brazo derecho del presidente. El programa establecido por la AAA (Agricultural Adjustment Act) disponía una reabsorción general agrícola que tuviese como directivas principales la limitación de la producción y la distribución de los eventuales excedentes en otros campos. A esto se acompañaba la estabilización de los precios a través de empréstitos oficiales, el control del mercado, facilidades para las exportaciones, la asignación doméstica a los cultivadores, etc. Al comienzo, el AAA encontró hostilidad en muchos agricultores medianos y grandes, que rehusaron aceptar las medidas de control, planificación y limitación impuesta por el gobierno, pero desde 1934 el mecanismo comenzó a funcionar y condujo a un reasentamiento general de la economía agrícola.

Los organismos de control federal

Naturalmente, el alza de los precios agrícolas implicaba la necesidad de eliminar el fuerte desequilibrio existente entre la agricultura y la industria. El nivel de compatibilidad entre estas dos fundamentales ramas productivas, se obtuvo a través del National Industrial Recovery Act. Como afirmaba Hugh Johnson (consejero de Roosevelt para la planificación industrial), "el espíritu mismo del *New Deal* se basa en el principio de acción unificada de la industria y de la agricultura bajo la supervisión oficial, siguiendo una doctrina equilibrada en lugar de la mortífera doctrina del salvaje y bestial individualismo, que tendía sólo a la supremacía del más fuerte, dejando que los más débiles se las arreglaran como pudieran".
El proyecto de ley que luego se convirtió en el NIRA comprendía dos artículos: el primero, "sobre *el renacimiento industrial*, proclamaba la intención del Congreso de 'promover la reorganización de la industria con la tentativa de una acción coordinada entre los diversos grupos industriales' ". El programa de las asociaciones industriales estaba formado por parágrafos que indicaban reglas para una honesta competencia y para la ejecución de las leyes contra los *trusts*; una medida para las licencias federales a las haciendas mostraba la influencia de los planificadores en un plano nacional; y el parágrafo 7 que prescribía contratos colectivos, el máximo de horas de trabajo y el mínimo de salarios, respondía a las esperanzas de los trabajadores. El segundo artículo sobre *Obras públicas y proyectos de construcción,* que instituía una administración para las obras públicas con una asignación de 3 mil millones trescientos mil dólares, satisfacía a los sostenedores de las obras públicas. La ley debía estar en vigencia por dos años.
En particular, las industrias de los Estados Unidos, cualquiera fuera el sector al que pertenecieran, estaban obligadas a elaborar, de acuerdo con el gobierno, una serie de normas (o "códigos") que estableciesen el mínimo salarial y definiesen los términos legítimos de aplicación de las reglas de competencia. El "águila azul" se convirtió en el símbolo de la reglamentación impuesta por el NIRA, y servía para distinguir los productos de las industrias que habían establecido una convención con el Estado de las que no se habían adherido al NIRA.
Después de muchas discusiones, el proyecto de ley fue aprobado tanto en la Cámara como en el Senado. El NIRA contribuyó a restituir vitalidad a las principales industrias del país, desde las petrolíferas o del carbón hasta las del vestido. Como había sucedido con la AAA, el NIRA encontró después de su aparición la oposición de un importante sector de la opinión pública: particularmente el de los pequeños empresarios que se sentían sofocados por las medidas de control impuestas por la ley. No obstante esto, el NIRA tuvo efectos profundos en el campo económico y social. En este último sector en particular, el NIRA "cumplió una fantástica serie de reformas, cada una de las cuales habría dejado atónita a la nación algunos años antes. Estableció el principio del máximo de horas de trabajo y de las pagas mínimas sobre una base nacional. Suprimió el trabajo infantil. Dio un golpe fatal a las firmas que ocupaban mano de obra a destajo en condiciones vergonzosas. Hizo de la contratación colectiva una política nacional, transformando así la posición de las organizaciones de trabajo. Dio una importancia nueva al rol del consumidor. Abolió una serie de nocivos hábitos comerciales. Estabilizó un nuevo standard de decencia económica en la vida norteamericana: . . . en pocos meses, se llevó a cabo lo que los reformadores habían soñado durante siglos". Roosevelt en particular, consideraba el NIRA como la ley más importante, duradera y representativa del *New Deal.*
A medida que se alejaban los tristes días de la depresión, el NIRA, que también había sido uno de los principales instrumentos del resurgimiento de la economía norteamericana, perdía el apoyo de la opinión pública y aún antes de que la Corte Suprema declarase su ilegalidad (comienzos de 1935) ya evidenciaba claros síntomas de debilidad. Nacido en plena crisis como instrumento coercitivo para resolverla, cuando el nivel de vida de los Estados Unidos se elevó, perdió la mordacidad y la eficacia de la medida de urgencia y fue poco a poco arrinconada.

Intervencionismo y programación

En lo que hace la política financiera, Roosevelt se decidió a seguir la vía opuesta a la fanáticamente seguida por Hoover: contra las exigencias del equilibrio de la balanza y del mantenimiento de la paridad del oro mantenidas hasta el último presidente saliente, Roosevelt abordó con decisión el camino de la inflación, de la política de los gastos y de un vasto plan de obras públicas por parte del Estado. Mientras la administración saliente sostenía una interpretación "internacionalista" de la depresión (que dependía, en particular, del pago de las deudas de guerra por parte de los estados europeos), Roosevelt y sus colaboradores estaban firmemente convencidos de que la crisis había sido provocada por los desequilibrios de la economía interna y por lo tanto, de que sólo en este ámbito era urgente y necesaria la intervención del Estado. Keynes constituyó el punto de referencia obligado para la elaboración de las nuevas teorías financieras y monetarias de los hombres del *New Deal.* Este fue el punto de vista que prevaleció, por parte de los Estados Unidos, en la Conferencia Financiera Mundial llevada a cabo en Londres en 1933. Mientras los sostenedores de la tesis "internacionalista" de la depresión (entre los que figuraban el propio secretario de Estado, Cordell Hull) trataban de establecer un acuerdo general sobre los precios de los productos comerciales y una baja de las tarifas de aduanas, los que postulaban la tendencia opuesta (la rooseveltiana o "nacionalista"), entre los que se encontraban Berle y Tugwell, pensaban que la renovación de la economía de los Estados Unidos podía originar una reforma exclusivamente interna y lograron hacer prevalecer el principio de los derechos de aduana existentes.

La desocupación y las inversiones públicas

Otro campo al que se aplicó el impulso reformador de Roosevelt y de sus colaboradores fue el de la asistencia federal a los desocupados. El objetivo principal era no acceder a formas de subsidio directo sino emplear la mano de obra disponible en empresas de utilidad pública. El proyecto asistencial se unió así al del incremento de las obras públicas a expensas del Estado, que constituía el elemento principal en la lucha contra la depresión en la visión de los hombres del *New Deal.* Los trabajadores fueron empleados en la construcción de calles o de escuelas, en el saneamiento de terrenos, en la sistematización de áreas destinadas a parques de recreación, etc. Una vez más, la iniciativa reformista del gobierno chocó con la resistencia de muchos ciu-



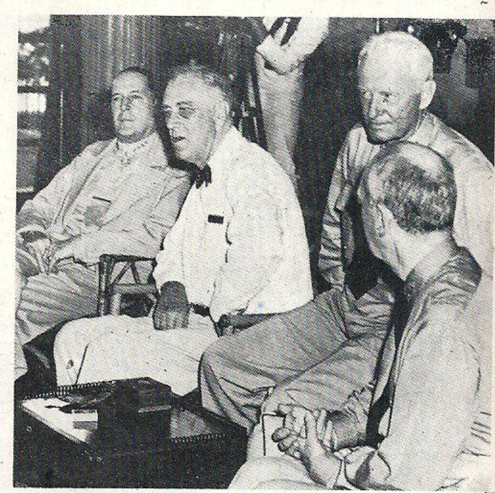
1



2



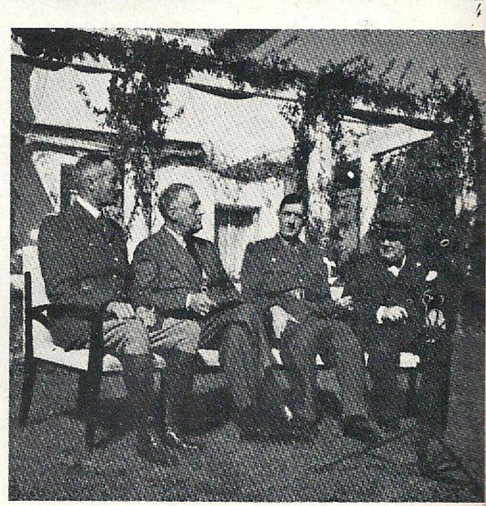
3



4



5



6

1. En Casablanca, en enero de 1943, con Churchill se concuerda la estrategia de las campañas de primavera.

2. Nuevamente en Casablanca. Aquí, por primera vez, Roosevelt proclama la exigencia aliada de una "rendición incondicional" de los adversarios.

3. Conferencia de Teherán. Roosevelt y Stalin se encuentran por primera vez.

4. Roosevelt en Pearl Harbor, con Mac Arthur y los almirantes Nimitz y Leahy, discute la campaña en las Filipinas.

5. 16 de setiembre de 1944. En Quebec, en Canadá, se encuentran generales y jefes de Estado para discutir la conducción de la guerra.

6. Roosevelt se encuentra con De Gaulle, que dirige desde el exterior la Resistencia francesa. Entre los franceses y los anglo-americanos no faltan disidencias.



Tapa de "Yank" un diario del ejército norteamericano, para la victoria de 1945.

dadanos: en este caso se trataba sobre todo de industriales y de propietarios de plantaciones que veían en el plan de asistencia del Estado una amenaza para la disponibilidad de mano de obra a bajo costo para sus empresas.

Un programa particularmente grato a Roosevelt, cercano a sus intereses de propietario de tierras y de apasionado sostenedor del principio de la conservación y de la explotación racional de los recursos naturales, fue el que tendía al desarrollo del valle del Tennessee. El curso del río, que cruzaba siete estados del sur, ofrecía grandes posibilidades de utilización, ya sea para el incremento de la agricultura (con obras de canalización apropiadas) ya para la producción de energía eléctrica (con la construcción de diques y centrales). Además de mejorar las condiciones de un inmenso territorio hasta entonces inculto y selvático, el Tennessee Valley Authority Act (TVA) creó las condiciones para la absorción de una gran cantidad de mano de obra inutilizada y al final se transformó en un gran experimento de planificación regional.

Una política sindical

En el cuadro de la tendencia impuesta a toda la vida nacional por el *New Deal* vale la pena considerar un último aspecto, el de la política sindical del gobierno. En el centro de esta perspectiva se coloca el llamado Wagner Act de 1935. El proyecto de ley, que se convertirá después, con escasas modificaciones, en el WA, estaba inspirado en las ideas del senador Wagner, quien sostenía que "la estabilidad económica sólo podría lograrse a través de una distribución más amplia de las entradas industriales. En 1920 y en los años siguientes, a falta de un fuerte movimiento en favor de los trabajadores, todo lo que se obtenía de la producción se volvía a emplear en nuevas instalaciones, ganancias para los industriales y especulaciones, en vez de emplearse en alentar un poder adquisitivo más fuerte. El resultado inevitable, según Wagner, era la depresión. La mejor manera de asegurar "la justa distribución de capacidad adquisitiva sobre la que debe apoyarse la prosperidad permanente" era a través del refuerzo de la contratación colectiva. Su ley se proponía dar nuevas facultades al NLRB (National Labor Relations Board): el poder de ordenar las elecciones; el poder de definir y de prohibir iniciativas injustas en perjuicio de los trabajadores... el poder de imponer las propias decisiones... Las aspiraciones (del artículo 7 del NIRA) parecían finalmente, convertirse en realidad. "La mayor oposición al Wagner Act provino del mismo Roosevelt que, al no poseer más que una experiencia indirecta y opiniones muy confusas en materia de política sindical, sostenía que había que concentrar la actividad del gobierno exclusivamente en la reactiva-

ción económica, intentado una conciliación desde lo alto entre industriales y trabajadores en la que se establecería espontáneamente una condición jurídica y económica de igualdad para la clase trabajadora. En sustancia, su preocupación era enfrentar las exigencias de la clase trabajadora sólo cuando la crisis hubiera sido definitivamente superada. La ley pasó al Senado a pesar de la opinión en contrario de Roosevelt. Y sin embargo, constituyó un capítulo esencial del *New Deal* en cuanto atribuyó a los trabajadores un poder contractual que hasta entonces nunca habían poseído. La American Federation of Labor (el envejecido organismo tradicional) fue unido al nuevo Congress of Industrial Organization, que encuadró también a todos los trabajadores no especializados de las industrias de producción masiva (entre los que había gran cantidad de inmigrantes de Europa occidental y oriental y negros) que anteriormente habían vivido sin derechos ni garantías sindicales. En 1933 había en los Estados Unidos 3 millones de trabajadores organizados, en 1937 ellos se convirtieron en más de 7 millones y en 1945 en 14 millones. Los sindicatos norteamericanos no tuvieron jamás una calificación extremista (participaban también socialistas, comunistas, trotkistas que fueron siempre minoría) pero cumplieron una función históricamente relevante, especialmente en cuanto su línea de acción se fue acercando a la del Partido Demócrata del norte.

El segundo "New Deal"

En 1934, mientras la economía de los Estados Unidos manifestaba un claro empuje en todos los campos, la oposición de los conservadores al *New Deal* se hizo cada vez más fuerte y organizada. Esto no debe parecer una paradoja: en su primer año de vida, el plan había logrado asentar la economía del país y ahora que la depresión parecía seguramente superada, los capitalistas se aliaron para librarse de lo que parecía una tiranía insoportable impuesta por el Estado. Los críticos de derecha (republicanos conservadores y también demócratas conservadores) volvieron a agitar el "espectro del comunismo" acusando al *New Deal* de hacer el juego a los bolcheviques y de haber dado un carácter totalitario al gobierno central. Más que contra Roosevelt personalmente, que continuaba gozando de una inmensa popularidad, reavivada continuamente entre las masas por sus frecuentes *fireside chats* (las famosas charlas junto a la chimenea), los conservadores se descargaban preferentemente contra su *"trust"* de cerebros", es decir, contra aquel grupo de intelectuales, de profesores universitarios que por ambición de poder, decían, habían sustituido a los industriales y a los financistas en la dirección de la economía del país, aliándose a un grupo de politiqueros sin ideas y sin escrúpulos. En el verano de 1934 la iniciativa de la "cruzada" contra el *New Deal*, por el retorno a una economía de libre competencia no turbada por la ingerencia del gobierno central, fue asumida por una organización llamada American Liberty League. Su programa se resumía en dos puntos: "enseñar el respeto por los derechos del individuo y de la propiedad y señalar el deber del gobierno de alentar la iniciativa privada protegiendo la propiedad y el uso de la misma". Constituida inicialmente por un grupo de demócratas conservadores, la ALL vio engrosar rápidamente sus propias filas con la adhesión de un gran número de industriales, financistas, grandes comerciantes, terratenientes.

En 1935, bajo la creciente presión de la oposición de derecha (el 27 de mayo de este año la Corte Suprema declaró inconstitucional la National Recovery Administration, el ente encargado del control y de la actuación del NIRA, minando así en la base uno de los sectores más importantes y característicos del *New Deal*), el gobierno inauguró una norma política y económica, en ciertos aspectos, diversa de la de los años precedentes. Se habla, al respecto, de un segundo New Deal (que dura desde 1935 a 1940) que, según la interpretación de algunos —entre los que se cuenta el autor de la obra de la que se han extractado estas páginas— representó una inversión de ruta completa con respecto a la conducta anterior de la administración Roosevelt. Para otros (por ej. Richard Hofstadter), en cambio, el segundo *New Deal* no sería otra cosa que la versión, digamos así, actualizada, del primer *New Deal*, adecuado de manera realista al creciente desarrollo del capitalismo norteamericano: entre las dos tendencias, en este caso, no existiría una fractura, sino una continuidad garantizada sobre todo por la política de limitación y de control de los monopolios por parte del Ejecutivo.

Mientras los hombres del *New Deal* 1933-35 habían debido afrontar una situación de emergencia y recurrir a las más drásticas medidas para superarla (quemando en la obra febril de reconstrucción todas sus energías) la "nueva promoción" de técnicos, economistas, juristas, etc., que los reemplazó en los años 1935-40 encontró frente suyo una situación económica distinta, si no normalizada, indudablemente muy mejorada, y su preocupación se concentró en la ejecución de una administración eficiente y equilibrada, dentro del contexto institucional existente. Algunas instancias fundamentales del programa de 1933-35, como por ejemplo la política oficial de concentración económica y de vigilante control sobre la gran industria, la de los gastos públicos, la legislación sobre el trabajo, sobre la agricultura, permanecerán vigentes aún en los años siguientes; además se introdujeron nuevas medidas para adecuar el curso anterior a la nueva realidad de la economía norteamericana que ya había salido de la depresión. Entre éstas, la política monetaria emprendida por el gobierno en el período 1937-38 (si bien, imprevistamente, se verificó una nueva recesión acompañada de una oleada de 10 millones de desocupados) es un indicio significativo de las nuevas exigencias interpretadas por el segundo *New Deal*. Siguiendo las directivas de Keynes, se dio impulso a una política de "dinero fácil" tendiente a garantizar una tasa mínima de interés y a crear, por lo tanto, las condiciones para una invocación de la competencia sobre todo el mercado interno y para una nueva libre expansión de la economía nacional.

Intervenciones en el poder judicial

Concluyendo esta rápida reseña de la política interna de la administración Roosevelt es necesario hacer referencia a la controversia —que finalmente tomó el carácter de un enfrentamiento— entre Roosevelt, empeñado en la defensa de las prerrogativas de los poderes ejecutivo y legislativo (y, por lo tanto de su plan de reformas desde 1933 en adelante) y el poder judicial representado por la Corte Suprema, fortaleza del más irreductible conservadorismo político, económico y social. El episodio más conocido de esta larga racha fue el que culminó con la declaración de la inconstitucionalidad de la NRA pero ese no fue más que un aspecto del profundo contraste entre el viejo EE. UU. del capitalismo incontrolado, de la regla del *laissez faire* en política y en economía y el E.E.U.U. progresista y reformador de los *new dealers*. La solidez de la tendencia conservadora de la Corte Suprema estaba garantizada por el hecho de que sus miembros no eran electivos sino designados por nombramiento y no eran removibles por límite de edad. Roosevelt propuso entonces, en su mensaje del 5 de febrero de 1937 sobre el poder judicial, un proyecto de ley según el cual, cuando un juez había cumplido los setenta años debía nombrarse un nuevo juez. "Lo que me interesaba —afirmó luego Roosevelt— era la creación de un poder judicial moderno, que mirara los problemas modernos a través de anteojos modernos." Frente a esta decidida toma de posición, "la Corte se rindió . . . cambió la jurisprudencia . . . comenzó a interpretar antes que distorsionar, la Constitución". El cambio de posición de la Corte Suprema (en la que se constituyó una mayoría favorable al gobierno) fue de extrema importancia, ya que frente a la amenaza de la gran crisis internacional que ya se perfilaba en el horizonte, el poder ejecutivo de los Estados Unidos fue puesto en condición de funcionar con relativa regularidad y eficiencia en su dirección reformista y aprestar, en el cuadro del segundo *New Deal*, todas las medidas necesarias para afrontar el inminente estado de guerra.

Balance de una política

En un balance sumario de la política interna del "período rooseveltiano" es necesario antes que nada insistir en la constatación de que si el *New Deal* no fue una pura y simple traducción práctica de las ideas avanzadas del progresismo norteamericano (sobre todo del *New Nationalism*) entre 1900 y 1920, no fue tampoco un experimento concebido *ex novo* y "revolucionario". Los viejos principios del *New Nationalism* representaron indudablemente, el fermento vital más característico del *New Deal* –sobre todo del primero–, pero fueron puestos en práctica en un contexto político, económico y social completamente nuevo con respecto a aquel que habían enfrentado los progresistas de la época de Theodore Roosevelt o de Wilson. Principios tales como el de un Estado fuerte y centralizado, del control estatal sobre la economía, de la planificación nacional, de la asistencia social, de la colaboración entre gobierno y sindicatos, etc., se remontan, indudablemente, muy atrás en la historia de la tradición política norteamericana y no fueron, por lo tanto un "descubrimiento" de los años 30. Por otra parte, las funciones del Estado, el nivel de expansión del capitalismo industrial y financiero, las condiciones de la clase trabajadora, la naturaleza de los sindicatos, etc., no son los mismos de los primeros veinte años del siglo y de los años siguientes a la crisis de 1929. Desde Wilson a F. D. Roosevelt, los Estados Unidos vieron surgir una serie de problemas económicos, políticos, jurídicos, sociales que enfrentaron a los hombres del *New Deal*, aún imbuidos de viejas ideas progresistas, a una situación totalmente nueva. No es casual que las grandes ideas directrices de los economistas rooseveltianos se atuvieran a una teoría muy reciente, la de Keynes, que proponía –sin salirse de la tradición del pensamiento económico burgués– un análisis en gran parte nuevo del capitalismo en contraste con los principios de los economistas "clásicos". El experimento del *New Deal*, aun con todos los límites impuestos por una excesiva burocratización, por una conducción exclusivamente empírica y ajena a toda teorización de largo alcance, permanece como un episodio de importancia central en la historia mundial de los últimos decenios. Frente al gran "desafío" de 1929, Italia, Alemania y Japón reaccionaron instaurando un régimen económico de tipo corporativo y autárquico; la Rusia soviética emprendió victoriosamente el camino de la planificación socialista; los Estados Unidos, por su parte, tomaron una "tercera vía" que, a través de la asunción de las prerrogativas de control y de la planificación general de la economía por parte del gobierno y una política asistencial y de colaboración sindical, lo condujo a la superación de la crisis hasta hacerlo llegar a un nivel de prosperidad sin comparación.

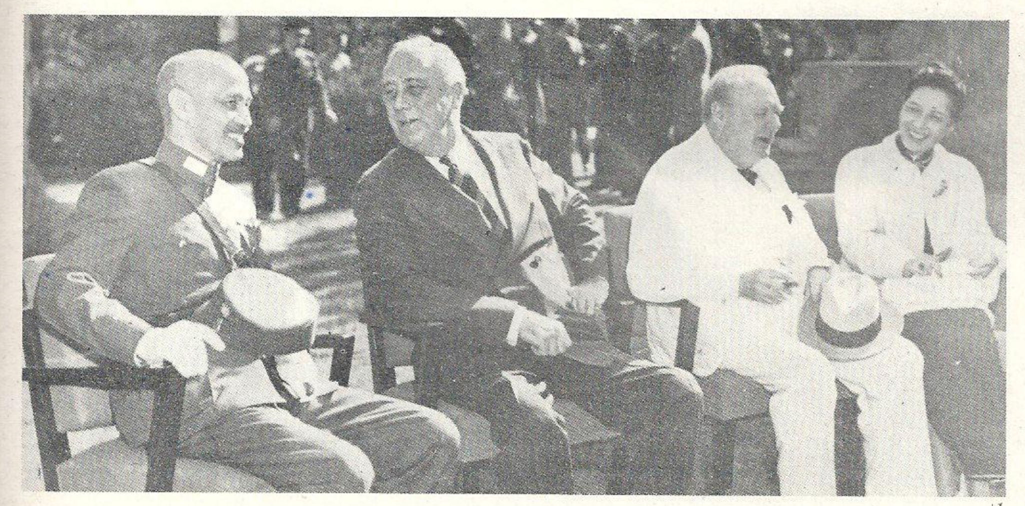
Roosevelt y la política exterior. Del aislacionismo al intervencionismo

La política exterior de Roosevelt, como ya se ha observado, puede ser separada de su política interna sólo por razones de exposición. De hecho, ambas están estrechamente ligadas, como resultará de algunas observaciones que se hacen a continuación. Cuando Roosevelt llegó a la presidencia de los Estados Unidos, no era más experto en política exterior de cuanto lo era en economía o en política sindical. Sin embargo, tanto a su acción reformadora expresada en el *New Deal* como a su conducta durante la situación diplomática prebélica y en el transcurso de la segunda guerra mundial, se les asigna generalmente hoy una gran importancia. Es un hecho innegable que poseía una rara energía y una habilidad de estadista que lo llevaba a adecuarse con rapidez e inteligencia política a las situaciones reales y a aplicar con gesto original las ideas y las opiniones que sentía circular a su alrededor. Raramente se habla de su *"trust* de cerebros" o de los hombres que formaron sus varios gabinetes durante su presidencia, y, sin embargo, tanto los unos como los otros fueron instrumentos formidables para la maduración política de Roosevelt.

La primera experiencia real de política exterior de Roosevelt, antes de su presidencia, se remontaba a los años en que había sido subsecretario de Marina y en particular a 1918, cuando había sido encargado de una misión en Europa y había visitado el frente de la guerra. Al año siguiente había estado con Wilson en París. En este período, su posición antiaislacionista encontró un terreno propicio en la Sociedad de las Naciones y sostuvo entonces, en polémica con Wilson, que también los Estados Unidos debían formar parte de ella. Luego, habían sobrevenido su retiro a la vida privada, su enfermedad, su dificultosa reincorporación a la actividad política y la gobernación de Nueva York con todos los compromisos de administración y de política social que esto implicaba. Durante los años 20, su "internacionalismo" no se había aplacado, sino que había dado lugar, durante las convenciones demócratas del 24 y sobre todo del 28, a vigorosas intervenciones polémicas de Roosevelt contra el nacionalismo de los republicanos. Sin embargo, se trataba todavía de una posición intelectual más que de una asentada convicción política. Ya en la presidencia, su interés se concentró en la puesta en práctica del *New Deal*. Hasta 1937 las cuestiones de política exterior no obtuvieron una gran atención por parte del presidente, que, en este campo, se limitó a dejar amplios poderes a su secretario de Estado, Cordell Hull. Fueron los años del aislacionismo de Roosevelt, de su no-compromiso directo en las cuestiones de política internacional. Aunque se remitía a menudo a Wilson con acento de admiración, no trató por el momento de lanzar a los Estados Unidos a una política de intervención activa en los problemas de política exterior; con respecto al Japón (que en 1931 había dado impulso a su política imperialista agrediendo y ocupando Manchuria), se limitó a anunciar un programa de sanciones económicas apoyadas en el despliegue de una fuerte marina de guerra y a fortalecer la ayuda a la China (esta ayuda, dada a Chiang-Kai-shek en 1938, ascendía a 8 millones y 660 mil dólares: se trataba de armas destinadas, a los ojos de la opinión pública norteamericana, no a mantener en vereda a los japoneses, sino a enfrentar al "peligro rojo"). En la Conferencia Financiera Mundial de Londres (1933) Roosevelt hizo prevalecer en la delegación norteamericana el punto de vista de abstención de los Estados Unidos de todo acuerdo internacional sobre comercio. Roosevelt mantuvo la misma posición sobre la cuestión de las deudas de guerra, rechazando toda reducción o supresión de los créditos hacia los Estados europeos deudores. Otras decisiones de política exterior del presidente en este primer período se refieren al reconocimiento *de jure* de la URSS, la realización de una política de buen vecino con los Estados de América latina y el reconocimiento de la independencia de las Filipinas. Mientras en Europa y en el Extremo Oriente comenzaba la carrera del rearme y la guerra (asesinato del canciller austríaco Dolfüss en julio de 1934, anuncio del rearme alemán en 1935, comienzo de la guerra de Etiopía, 1935, irrupción de la guerra civil española en julio de 1936) Roosevelt continuaba proponiendo y tratando de que se aprobaran en el Congreso las leyes sobre la neutralidad de los Estados Unidos (en 1935-36 y 37). El "discurso de la cuarentena" (5 de octubre de 1937) marca el comienzo de la ruptura de la posición aislacionista de Rosevelt. A pesar de la posición contraria de la opinión pública y del mismo Congreso, Roosevelt y el Departamento de Estado comprendieron que el aislacionismo ya no constituía un arma eficaz para defender los intereses políticos y económicos de los Estados Unidos de la amenaza del imperialismo fascista en Europa y sobre todo en Asia.

Contra el aislacionismo y por la solidaridad entre los países libres

"En el mundo moderno hay una solidaridad y una interdependencia técnica y moral tal, que no es posible para una nación aislarse completamente de los acontecimientos políticos y económicos del resto del mundo... La paz, la libertad y la seguridad del 90 % de la población mundial están amenazadas por el 10 % restante, que intenta la ruptura de todo lo que es orden y derecho. Cuando una epidemia comienza a propagarse, la comunidad aprueba que se ponga en cuarentena a los enfermos con el fin de proteger









1. En El Cairo, con Chiang Kai-shek, se define la conducción de la guerra en el Pacífico.

Tres imágenes de la Conferencia de Yalta, pocas semanas antes de la muerte de Roosevelt.

2. Con sir Andrew Cunningham, sobre el crucero en ruta hacia Yalta, en el puerto de Malta.

3. En el almuerzo oficial, caviar ruso para los tres grandes.

4. Con Churchill y Molotov (a la izquierda). Esta foto estaba entre las separadas por la censura, a causa de la expresión cansada y triste de Roosevelt.

la salud de la comunidad contra la extensión de la enfermedad. En conclusión: deben tomarse medidas postivas para preservar la paz. Norteamérica detesta la guerra. Norteamérica confía en la paz. Norteamérica, por lo tanto, se empeña en la búsqueda de la paz."

De las genéricas condenas "morales" del pasado, Roosevelt pasaba aquí a distinguir con claridad el agresor y la víctima, y a sentar las premisas, por lo menos teóricas, para una intervención activa de los Estados Unidos en el campo de la política exterior. No se trataba de un cambio de dirección debido a un simple replanteo de Roosevelt: se justificaba en el agravamiento de la tensión en Europa bajo la amenaza de Hitler y sobre todo, en la violenta reiniciación de las acciones de guerra del Japón contra China (julio de 1937). Sin embargo, durante todo 1938, a pesar de la anexión de Austria por parte de Alemania y la crisis checoslovaca, los norteamericanos no tuvieron ninguna reacción efectiva en el plano diplomático. Después de la conferencia de Munich, Roosevelt no se mostró preocupado por la cesión diplomática de Inglaterra y Francia sino que se asoció al ciego optimismo de Chamberlain, sostenedor de la política de apaciguamiento: "Comparto totalmente vuestra esperanza y vuestra confianza de que nunca como hoy se ha presentado, en todos estos años, una ocasión más propicia para establecer un nuevo orden, fundado sobre le derecho y la justicia." Después sobrevino la guerra en Europa. (1º a 3 de setiembre de 1939.) Ante las noticias apremiantes de las victorias nazis, la opinión pública norteamericana, reaccionó, si bien con lentitud, orientándose en un porcentaje creciente hacia una positiva valoración de una eventual intervención de Estados Unidos en la guerra.

En los umbrales de la guerra

Entre Roosevelt y una parte cada vez mayor de norteamericanos, partidarios de la intervención, por un lado y el Congreso y el sector de los irreductibles aislacionistas (entre los que se encontraban los conservadores hoovertianos y el Partido Comunista norteamericano que, igual que el francés, condenaba en ese momento toda tentativa de guerra "imperialista") por la otra, se abrió una polémica extenuante. No era sólo una elevada aspiración de justicia y de libertad antifascista lo que movía a Roosevelt y a sus sostenedores a apoyar una política de intervención de los Estados Unidos. Importantes motivos de orden económico tendían a mostrar que el apoyo de los Estados Unidos a las democracias occidentales era una inversión útil.

Siguieron, el ataque alemán a Dinamarca y Noruega, la batalla de las Ardenas y Dunkerque, la entrada de Italia en la guerra, el 10 de junio de 1940, la caída de Francia, el



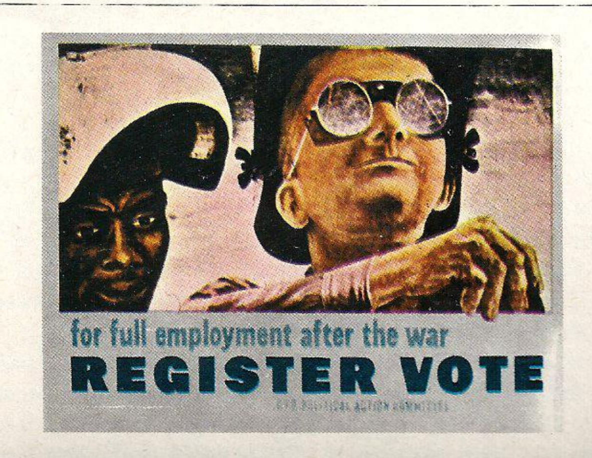
1

2

1. *En el 45, Roosevelt quiso reunir a toda la familia. Lo rodean 14 nietos, con su mujer Eleanor.*

2. *El funeral del presidente.*

3. *El manifiesto electoral pintado por Ben Shan en 1944 contra el racismo y por el empleo total. El cartel subraya eficazmente los puntos cardinales del programa político de Roosevelt.*



ataque a Gran Bretaña. Los Estados Unidos, todavía firmes en su posición de neutralidad, se limitaron a enviar armas, municiones víveres y materias primas a Francia e Inglaterra. El centro de esta campaña de ayuda era el War Resources Board, constituido desde el 4 de agosto de 1939. La caída de Francia fue, sin embargo, una señal de alarma decisiva; cada vez resultaba más difícil para los Estados Unidos abstenerse de la intervención armada, después que este poderoso baluarte antinazi había sido pulverizado por las divisiones hitlerianas. ¿Hasta qué punto podría resistir Gran Bretaña sola? Por iniciativa personal de Roosevelt se inauguró un vasto plan de movilización económica y militar destinado, por el momento, a proporcionar armas a Gran Bretaña, sin comprometer directamente en la guerra a los Estados Unidos. Todavía se esperaba poder rechazar la avanzada nazifascista, manteniéndose fuera del campo de batalla. Se llegó así a la ley de "préstamos y arriendos", en marzo de 1941, que fue una de las medidas más importantes de la administración Roosevelt en estos años. "Con esta ley no sólo se resolvió en favor del presidente el largo conflicto que, desde la derrota de Wilson, enfrentaba al Poder Ejecutivo con el Congreso en materia de política exterior, sino que introducía además, por primera vez, un concepto que conocería enorme desarrollo, según el cual, el desequilibrio económico entre un país muy grande y los otros, requiere, para un beneficio recíproco, una ayuda casi gratuita de los grandes a los chicos." Esta ley preveía que los armamentos proporcionados por los Estados Unidos a los estados beligerantes contra el bloque nazifascista, debían ser restituidos o pagados en condiciones favorables una vez terminado el conflicto. La agresión a la URSS (22 de junio de 1941) dio un impulso ulterior a la opinión progresista norteamericana. El Partido Comunista se alineó en la posición roosveltiana, favorable a la extensión de la ley de "préstamo y arriendo" a la URSS); las fuerzas conservadoras y aislacionistas, si bien en minoría, se agruparon en torno a la asociación *América First* (Primero América), fundada y subvencionada por los capitalistas de Chicago y ligada a los círculos más reaccionarios de los Estados Unidos, desde los propietarios rurales del sur hasta los exponentes de la quinta columna nazi difundida en todo el país, a la alta jerarquía católica. Una significativa iniciativa de Roosevelt había sido el envío de Myron Taylor como representante especial suyo ante Pío XII (febrero de 1940), para intentar convencer —inútilmente— al pontífice de la eventual necesidad de sostener a la URSS contra el avance nazi. El 14 de agosto de 1941 Churchill y Roosevelt firmaron, a bordo de la nave norteamericana *Augusta*, la "Carta del Atlántico" primer esbozo elemental de lo que sería en el futuro el documento de constitución de las Naciones Unidas, basada sobre todo en el principio del derecho de todos los pueblos a la independencia. (Significativamente, Churchill dió luego una interpretación restrictiva, en sentido británico e imperial, a la "carta atlántica", sosteniendo que el acuerdo en cuestión se refería a los países ocupados por los nazifascistas y no a los sometidos a Su Majestad Británica.)

El ataque japonés a Pearl Harbor (7 de diciembre de 1941) decidió formalmente la entrada de los Estados Unidos en la guerra, que desde varios meses atrás se encontraban ya en un estado de movilización prebélica. A pesar de la crítica situación por la que atravesaban Inglaterra y Rusia, en el verano-otoño de 1941 era evidentemente cierto que los Estados Unidos no podían entrar en guerra sino después de un ataque directo de agresión japonesa en el Pacífico. El mismo Roosevelt no ignoraba los preparativos del ataque, (si bien ignoró hasta el último momento el objetivo elegido por el estado mayor japonés) pero quiso esperar el desencadenamiento de la ofensiva para poder justificar frente a los aislacionistas de su país la declaración de guerra, presentándola como una respuesta a la agresión. Como es sabido, el episodio de Pearl Harbor se ha convertido en la piedra de toque de los juicios sobre la conducta del presidente en política exterior. Los críticos han sostenido que la guerra era evitable para los Estados Unidos ya que el peligro nazi estaba lejos y que el mismo Roosevelt provocó la agresión con su posición intransigente hacia el Japón (sanciones económicas, ayuda a China, etc.) quienes están a su favor justifican positivamente la entrada en guerra de los Estados Unidos, contra las potencias nazifascistas: aun admitiendo que el episodio de Pearl Harbor estaba previsto por el Departamento de Estado, éste no hizo más que acelerar un proceso irreversible en el cual los Estados Unidos se encontraban comprometidos por la derrota del imperialismo fascista en Europa y en Asia. Los acontecimientos militares que siguieron (desenvolvimiento de la batalla del Pacífico, operaciones en Africa, batalla de Stalingrado, guerra en Italia, desembarco en Normandía, etc.) no pueden ser referidos aquí. Nos detendremos en dos cuestiones, en cuya resolución tuvo máxima importancia la iniciativa de Roosevelt, por lo que se desprende de la documentación accesible hasta ahora. La primera es la concerniente a la apertura de un segundo frente para aligerar el desmedido esfuerzo de Rusia contra la invasión nazi; la segunda se refiere a la concepción general del equilibrio político mundial después de finalizado el conflicto y, en particular, el problema del nuevo ajuste territorial en Europa y la organización de las Naciones Unidas.

La cuestión de la apertura de un segundo frente en Europa fue una de las más debatidas en toda la guerra y tuvo su punto culminante en la conferencia ango-soviético-norteamericana de Teherán (28 de noviembre-1º de diciembre 1943). Evidentemente, sobre este punto entraba en juego no sólo una concepción estratégico-táctica, sino también una valoración política precisa de la conducción y de los objetivos de la guerra. Churchill luchó hasta lo último para hacer prevalecer su "estrategia del cocodrilo" según la cual era necesario agredir al "vientre blando" de la fiera nazi, cumpliendo una serie de operaciones militares periféricas en los Balcanes y en el Mediterráneo oriental. A esta posición se opuso, como es obvio, Stalin y Roosevelt le dio su apoyo, convencido de la necesidad de empeñarse en un segundo frente vital al bloque hitleriano. Y de garantizarse la ayuda rusa en Oriente contra los japoneses. La conferencia de Teherán concluyó con la victoria de la posición soviético-norteamericana y se decidió la operación "Overlord" (el desembarco en Francia septentrional) para mayo de 1944.

La conferencia de los "tres grandes" llevada a cabo en Yalta sobre el Mar Negro desde el 4 al 11 de febrero de 1945 volvió a plantear los motivos de enfrentamiento entre Churchill por una parte y Stalin y Roosevelt por otra. Esta vez no se trataba, como en Teherán, de concertar un plan estratégico para la guerra, sino de fijar los puntos principales de un acuerdo entre las potencias vencedoras referente al orden mundial postbélico. Se habló del futuro arreglo de Alemania, de los problemas de los países de Europa Oriental (sobre todo de Polonia), de la entrada de la URSS en la guerra contra el Japón (que tuvo lugar el 9 de agosto siguiente) y en particular de la futura organización de las Naciones Unidas. El nombre de Roosevelt está ligado estrechamente a este proyecto; reelegido presidente por cuarta vez, dedicó sus últimos esfuerzos a la creación de un organismo que pudiese garantizar la solución pacífica de los conflictos entre los Estados y convertirse en instrumento de la convivencia pacífica entre los pueblos. En Yalta se tomó la decisión de convocar la conferencia para la constitución de la ONU para el 25 de abril en San Francisco. Pero Roosevelt no vería la concreción de su proyecto: atacado por una hemorragia cerebral, moría el 12 de abril en Warm Springs.

La historiografía conservadora ha hecho muchas acusaciones al comportamiento de Roosevelt en Yalta. En particular, se le ha atribuido la "peligrosa" consolidación de la URSS después de la guerra. En la medida que estas críticas implican más una profesión de fe política que una rigurosa valoración histórica, es imposible tomarlas en consideración. Sobre el plano de los hechos, es indiscutible, sin embargo, que el acercamiento y el acuerdo sobre muchas cuestiones fundamentales referentes a la guerra y a la



paz futura, entre Stalin y Roosevelt y el consiguiente aislamiento de Churchill, fueron un acontecimiento de enorme trascendencia histórica.

La bomba atómica sobre Hiroshima, el macartismo, la guerra fría, que caracterizaron los años siguientes a la muerte de Roosevelt, parecieron negar para siempre la vitalidad de su política. Sin embargo ha visto su continuación de gran resonancia y eficacia durante los "mil días" de poder del presidente Kennedy, que explícitamente se remitía al gran predecesor tanto en política interna con la "nueva frontera", como en política exterior, reflejada en la "distensión" internacional.

El ensayo sobre Roosevelt ha sido redactado sobre la base de la obra en 3 volúmenes de A. M. Schlesinger (h), ya citada en la bibliografía. La obra interrumpe el análisis histórico en los años del Segundo New Deal, y la parte final del ensayo, que trata de los últimos años de la vida de Roosevelt, se debe a Renzo Pecchioli.

Bibliografía

A. M. Schlesinger (h.) *The age of Roosevelt* (1957-1967) 3 vol. Houghton-N. York, M. Einaudi, *La rivoluzione de Roosevelt*, Einaudi, Turín, 1959. *El pensiero politico nell'etá di Roosevelt*, a cargo de Federico Mancini, Soc. ed., il Mulino, Bolonia, 1962.

Allen, H.C. *Historia de los Estados Unidos de América*. Versión castellana de Marco Aurelio Galmarini. Buenos Aires, Paidós, 1969, t. II. Beard, Charles A., Mary R. Beard y William Beard. *Historia de los Estados Unidos*. Buenos Aires, Tipográfica Editora Argentina, 1962. Belchloss, Michael R. *Kennedy and Roosevelt: the uneasy alliance*. Nueva York, Norton, 1980. Bullitt, Orville H., ed. *For the President, personal and secret; correspondence between Franklin Delano Roosevelt and William C. Bullitt*. Introducción de George F. Kennan. Boston, Houghton Mifflin, 1972. Burns, James MacGregor. *Roosevelt, el león y el zorro*. Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1970. *Roosevelt: the soldier of freedom*. 1a. ed. Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1970. Chambers, Clarke A. *The New Deal at home and abroad, 1929-1945*. Nueva York, Free Press, 1965. Cole, Wayne S. *Roosevelt and the isolationists, 1932-45*. Lincoln, University of Nebraska Press, 1983. Conkin, Paul Keith. *The New Deal*. Nueva York, Crowell, 1967. Cope, Alfred Haines, ed. *Franklin D. Roosevelt and the Supreme Court*. Readings selected in cooperation with the Department of American studies, Amherst College. Boston, Heath, 1952. Cuevas Cancino, Francisco. *Roosevelt y la buena vecindad*. México, Buenos Aires, F.C.E., 1954. Einaudi, Mario. *The Roosevelt revolution*. 1a. ed. Nueva York, Harcourt, Brace, 1959. Feherenbach, T.R. *F.D.R.'s undeclared war, 1939 to 1941*. Nueva York, D. McKay Co., 1967. Freedman, Max. *Roosevelt and Frankfurter: their correspondence, 1928-1945*. Boston, Little, Brown, 1968. Gunther, John. *Roosevelt en perspectiva; un perfil en la historia*. Buenos Aires, Sudamericana, 1956. Lash, Joseph P. *Eleanor: the years alone*. Prefacio de Franklin D. Roosevelt, Jr. Nueva York, Norton, 1972. *Love, Eleanor: Eleanor Roosevelt and her friends*. Garden City, N.Y., Doubleday, 1982. *Eleanor y Franklin Roosevelt: la historia de sus relaciones, basada en los documentos privados de Eleanor Roosevelt*. Trad. por V. Bastos y Roser Berdagué. Barcelona, Buenos Aires, México, Grijalbo, 1978. Miller, Nathan. *Franklin Delano Roosevelt an intimate history*. Nueva York, Doubleday, 1983. Morison, Samuel Eliot, Henry Steele Commager y W.E. Leuchtenburg. *Breve historia de los Estados Unidos*. 2a. ed. en castellano, trad. de la 7a. ed. en inglés. México, F.C.E., 1980. Traducción de Odón Dumán d'Oion, Faustino Ballvé y Juan José Utrilla. Parks, E. Taylor, Lois F. Parks. *Memorable quotations of Franklin Delano Roosevelt*. Nueva York, Crowall, 1965. Perkins, Dexter. *La era revolucionaria de Franklin Roosevelt*. Buenos Aires, Marymar, 1967. Roosevelt, Eleanor. *On my own*. Nueva York, Harper, 1958. Roosevelt, Elliot. *Así lo veía mi padre*. 2a. ed. Buenos Aires, Sudamericana, 1946. Rosen, Elliott A. *Hoover, Roosevelt, and the Brains Trust: from depression to New Deal*. Nueva York, Columbia University Press, 1977. Schlesinger, Arthur Meier. *La era de Roosevelt*. México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1968. *Time*, Nueva York, N. 5, 1º de febrero de 1982. Sección especial dedicada a conmemorar el centenario del nacimiento de Roosevelt y la reconsideración del programa que puso en práctica hace medio siglo. Tugwell, Rexford Guy. *In search of Roosevelt*. Cambridge, Harvard University Press, 1972. Wecter, Dixon. *The age of the great depression, 1929-1941*. Nueva York, MacMillan, 1969.

Las citas del texto provienen de las obras ya indicadas en la bibliografía: p. 7, Kahn; p. 22, Mancini; p. 23 y 25 Duroselle. Todas las demás citas han sido tomadas de los volúmenes de Schlesinger ya citados.

Algunas Bibliotecas del Centro Editor de América Latina

Biblioteca Argentina Fundamental

Los autores más importantes de la literatura argentina, desde sus orígenes hasta nuestros días, a través de las obras y antologías más representativas: Echeverría, Mármol, Sarmiento, Mansilla, Hernández, F. Sánchez, Almafuerte, J. V. González, R. Rojas, Lugones, Quiroga, Güiraldes, Payró, Fernández Moreno, A. Storni, Borges, Discépolo, Eichelbaum, Mallea, Cortázar, Sábato, S. Ocampo, Bioy Casares, R. González Tuñón, Mujica Lainez, H. Conti, B. Kordon, etc. 148 volúmenes.

Pintores Argentinos del Siglo XX

Cuatro grandes volúmenes que incluyen sesenta y cuatro monografías, realizadas por destacados especialistas, sobre la vida y la obra de los pintores argentinos más importantes en lo que va del siglo. 512 láminas con magníficas reproducciones a todo color. Muchísimos dibujos, grabados, fotografías y reproducciones en blanco y negro.
Un tomo de Escultores Argentinos del Siglo XX, uno de Grabadores Argentinos del Siglo XX, uno de Fotógrafos Argentinos del Siglo XX y un cuarto tomo de Dibujantes Argentinos del Siglo XX complementan la notable colección de Pintores Argentinos del Siglo XX.

Biblioteca Básica Universal

Las grandes obras y los grandes autores de todas las épocas y todos los países: Sófocles, Dante, Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, Shakespeare, Ben Jonson, Rabelais, Goethe, Hugo, Balzac, Stendhal, Flaubert, Dickens, Dostoievski, Tolstoi, Poe, Zola, Maupassant, Baudelaire, Rimbaud, Whitman, Darío, Hardy, Kafka, O'Neill, etc. Más de 300 volúmenes.

Historia de la Literatura Argentina

Los más destacados críticos han participado en la redacción de esta obra que estudia, en forma amplia y amena, las corrientes, los géneros, los movimientos, los autores y las principales obras de la literatura argentina desde sus orígenes hasta nuestros días. Seis grandes tomos profusamente ilustrados.

Fauna Argentina

La primera colección dedicada a las especies zoológicas de todo nuestro país, en particular a los distintos órdenes de vertebrados, especialmente mamíferos, aves, reptiles y anfibios. Su característica más saliente está en combinar el rigor científico y la amplitud de la información con textos amenos y accesibles y notables fotografías a todo color. Las fichas de familia, de orden, ecológicas y antropológicas complementan esta obra extraordinaria.

El País de los Argentinos

Una extraordinaria geografía regional de nuestro país en seis grandes tomos con muchísimas fotografías y mapas a todo color. Se trata de una obra muy rigurosa en su concepción y en su información, pero de lectura amena y accesible.

Historia Integral Argentina

Esta obra encara cada etapa de nuestro pasado como un proceso que tiene un origen y una evolución y en cuyo desarrollo interactúan dinámicamente los diversos factores económicos, sociales, políticos, institucionales y personales. La Historia Integral Argentina presenta las diversas corrientes que interpretan y explican nuestro pasado para que el lector las conozca y tenga más elementos para tomar posiciones. Seis tomos profusamente ilustrados.

Atlas Total de la República Argentina

Este atlas, el más completo y moderno que se haya publicado hasta el día de hoy, cubre los diversos aspectos de nuestro país: Atlas Físico de la República Argentina (2 vol.), Atlas Político de la República Argentina, Atlas Demográfico, Atlas Económico (2 vol.), Atlas de la Actividad Económica (4 vol.) y Atlas Satelitario (2 vol.).

Ahora
todas las semanas aparecen
dos preciosos cuentos para los chicos:
un cuento del Chiribitil
para los más chiquitos;
un cuento de Polidoro
para los más grandecitos.
Son preciosos
por sus dibujos, sus colores,
sus historias lindísimas.

Los Cuentos del Chiribitil cuestan
$a 200.- el ejemplar.

Los Cuentos de Polidoro cuestan
$a 150.- el ejemplar.

Centro Editor de América Latina

